Título del original: *"Der grosse weisse Bluff"*
(Die Drogenpolitik der USA)
Ed.: Konkret Literatur-Verlag, Hamburgo.
1987.

Traducción del alemán: Alfredo Bauer y Gerti Neumann

Otras publicaciones del autor:

El Libro del Sexo. (1978)
Conducta sexual de jóvenes en la subcultura de la droga. Una investigación empírica. (1974)
Lo que me conmueve. Conversaciones con Harry Belafonte. (1982)
Adicción, Ganancia, Adicción. Economía Política del Narcotráfico. (1984).

I.S.B.N. 950-581-793-2

© EDICIONES DEL PENSAMIENTO NACIONAL
Av. Díaz Vélez 5125
(1405) Buenos Aires - Argentina

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11.723
IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

NOTA A LA EDICION LATINOAMERICANA

En el transcurso de las últimas dos décadas el narcotráfico dejó de ser una actividad marginal, acotada por las leyes penales y reprimida por secciones especializadas de policía. Hoy, la producción y el tráfico de drogas ya es un factor económico de magnitud suficiente para condicionar, en buena medida, las políticas internas y las relaciones internacionales de los países productores y consumidores.

Su expansión se produjo incentivada por el aumento constante de la capacidad de consumo de los grandes mercados, ubicados en las metrópolis occidentales. Sin embargo, son los países periféricos, simples productores de la materia prima, en algunos casos, los que sufren las mayores consecuencias económicas, políticas y sociales de este desarrollo.

Los Estados Unidos de Norteamérica han convertido al "problema de la droga" en uno de los ejes permanentes de sus relaciones con los países del Tercer Mundo, y esto no significa precisamente un beneficio para ellos. En América Latina son varios los estados que sufrieron, y aún sufren, presiones de todo tipo para plegarse a programas de control y erradicación de cultivos, que afectan las condiciones de vida de importantes sectores de su población.

La identificación del narcotráfico y del terrorismo como "enemigos del sistema", por parte de los estrategas norteamericanos, se ha traducido también en amenazas y agresiones armadas contra países del área. Pero no debemos extrañarnos. Bien sabemos que para la moral de los defensores del mundo occidental, el narcotráfico, como el problema de los derechos humanos y de la democracia en los países periféricos, no tienen un valor absolu-

to, juegan siempre en función de su lucha por el control de mercados y de su política de seguridad nacional. De ahí que hayan sido precisamente ellos los promotores de la unidad de terroristas y narcotraficantes para atacar a gobiernos revolucionarios, como el de Nicaragua.

De este complejo problema y de sus implicancias, se ocupa Günter Amendt en el libro que tiene usted en las manos. Su análisis e información periodística están estructurados de manera no habitual en los tratadistas del tema, debido a que él lo aborda desde la economía política; es decir, partiendo de la premisa de que las drogas son mercancías cuya producción y distribución están sometidas a las leyes del mercado y que se debe a ello que "el narcotráfico internacional no sólo sea congruente en sí mismo, sino que, como variante del imperialismo, esté vinculado al sistema en forma inseparable".

Desde el mismo punto de vista, analiza también el problema de la droga en la Unión Soviética, Cuba, Nicaragua y en los países del sudeste asiático; marca sus especificidades y destaca los diferentes medios con que cuenta cada sistema social para enfrentarlo. Desde luego, las causas y la incidencia del fenómeno son distintas en los países socialistas o en proceso de liberación nacional, que en los que aun se encuentran sometidos a las leyes del mercado gobernado por el dólar. Lo evidente, en todo caso, es que sólo en las sociedades capitalistas, en las que el enriquecimiento privado y la competencia constituyen los móviles de las acciones humanas, y la corrupción resulta, por ello mismo, un rasgo propio de su naturaleza social, el narcotráfico encontró condiciones favorables para desarrollarse y transformarse en un factor permanente de la economía.

Por eso, como sostiene Amendt, en las actuales condiciones de occidente, el problema de la droga es insoluble. Y lo es en la medida en que las soluciones están ligadas a profundas transformaciones sociales, sólo posibles mediante la conquista del control popular sobre el Estado, la economía y la cultura. Esto último, cualquiera sea el régimen social vigente.

Mientras preparábamos la edición de este libro, en Cuba, el general de división Arnaldo Ochoa, encontrado culpable de narcotráfico, fue juzgado y condenado a muerte. Los cargos que determinaron este drástico fallo fueron "haber obrado contra la moral y el prestigio internacional de Cuba, y lo más grave, contra la seguridad nacional del país".

Sin duda, este suceso será explotado a fondo en nuevas campañas contra el gobierno y el pueblo cubanos, por una parte, y por otra, estimulará la capacidad justificatoria de los idealizadores de la revolución, que se niegan a reconocer los problemas reales que debe enfrentar todo proceso de liberación nacional.

La revolución cubana, como todas las otras que se han producido en nuestra época, se desarrolla en un mundo en el que el capitalismo subsiste y es fuerte, y en el que la conquista popular del poder político no significa la abolición súbita de la lucha social. Por eso, no debe alarmarnos que se presenten en ella fenómenos de corrupción, mientras no se manifiesten como tendencias generalizadas. Lo que debemos destacar, en todo caso, es lo que la actitud del pueblo y de los dirigentes políticos cubanos está poniendo en evidencia: que el narcotráfico es incompatible con los principios de solidaridad social establecidos por la revolución; y que también en Cuba el narcotráfico dejó de ser un problema restringido al ámbito judicial o policial, para transformarse en un factor de alto riesgo, que sólo puede ser enfrentado como toda revolución debe enfrentar a los enemigos internos y externos de su seguridad nacional: con la verdad, de cara a la sociedad.

Ediciones del Pensamiento Nacional

DESEMBARCO

Es extraño. Yo estaba preparado para el gran espamento fronterizo con control del equipaje, body-check[1] e interrogatorios del tipo habitual. Pero mi entrada a los Estados Unidos se concretó sin disgusto y con prolongada risa. Después de pensarlo bien, yo había puesto en la tarjeta de ingreso como objetivo de mi viaje: "business" y como profesión: "freelanced writer". La mujer en la ventanilla quería saber cuáles eran mis temas. Con un pasaje de la "Mexicana", número de vuelo 976 directamente desde México, y diversos estudios, artículos y notas en la valija, yo no quería decir que me interesaban las drogas y que estaba sobre la pista del "crack". Por lo tanto, inclinándome hacia adelante con cierto aire conspirativo y después de hacerla jurar que no se asustaría, le susurré al oído a la dama uniformada la palabra "sexo". Su grito me hizo retroceder y su risa histérica me acompañó hasta la ventanilla de los taxis. En serio, yo no había dicho más que eso: "Sexo". Ella lo encontró tan cómico que, ahogada por la risa juntó mis papeles sin reparar en lo que figuraba con letra chica en el borde de mi visa. Después me envió hacia el aduanero, el cual ya había notado aquella risa cuyo motivo no podía conocer. El bendijo mi valija con una blanca cruz de tiza, echó una mirada en mi pasaporte y se despidió con un "¡nen schönen Abend noch!"[2]. En alemán. Ramstein Airbase, you know.

Una irritación persistente desde hacía meses era el motivo de mi viaje a la costa occidental de los Estados Unidos. ¿Qué hay detrás del crack? ¿Qué es el crack? Eso era lo que yo quería saber.

1 Revisación corporal.
2 Que tenga una tarde agradable.

Tenía que ser más que una pieza del teatro veraniego de los medios masivos, eso era claro. En el curso de los años aprendí cuánto hay que descontar de las noticias sensacionales sobre una nueva droga. Tampoco participo del pánico fabricado ni me impresionan las noticias triunfales sobre el secuestro de drogas o la eficacia de una terapia nueva.

Pero lo que los medios informan sobre el crack y lo que sospecha la prensa especializada es tan contradictorio, que la droga simplemente tenía que atraer mi atención. Al fin y al cabo, el gobierno de Reagan sólo al aparecer el crack se sintió impulsado a actuar, a pesar de estar el país desde hacía años colmado de drogas de todo tipo y todo efecto. El crack es el malvado enemigo contra el cual se movilizó una cruzada. Y si alguien —¡como yo!— opina que el problema de la droga bajo las actuales condiciones sociales es insoluble, entonces las campañas que pretenden hacer posible lo imposible, forzosamente han de interesarlo.

Drogas son para mí nada más que mercancías. Un reportaje sobre el narcotráfico internacional es, por lo tanto, un análisis de los mecanismos del tráfico de mercancías.

Este viaje que me llevó desde Nicaragua a través de México a los Estados Unidos y desde allí a través de México de vuelta a Cuba, quería aprovecharlo también para controlar determinadas hipótesis que había elaborado y expuesto en *Adicción, Ganancia, Adicción*, publicado en 1972 y reelaborado en 1983. Desde entonces, en el mercado internacional de drogas no sucedió nada imprevisto, nada que pueda modificar mis apreciaciones. Ha aumentado el significado económico y por ende el político de las drogas. Era previsible.

De las expectativas de cosecha y las oportunidades de mercado de los productos agrícolas iniciales depende la sobrevida de regiones enteras del llamado Tercer Mundo, pero también la medida del bienestar de muchos estados agrarios de los Estados Unidos. Del éxito de las transacciones universales de drogas, dólares y armas, dependen presupuestos nacionales, balanzas de pago y el desarrollo de sistemas monetarios; el narcocapital mantiene ejércitos y corrompe administraciones estatales, financia campañas electorales, impone gobiernos y los hace caer. En escala universal aumenta el número de los drogadictos. Si yo digo 'en escala universal', quiero decir 'en escala universal'. En todos los lugares y regiones donde circulan drogas, aumentan los de-

litos correspondientes, aumenta asimismo la delincuencia secundaria, da un verdadero salto la estadística criminal y se ensancha cada vez más la zona gris entre la actividad económica legal y la ilegal.

Vale la pena, pues, someter a examen la política de drogas del país cuya moneda es la estrella polar de las organizaciones del narcotráfico internacional, y cuya población mantiene en movimiento, como cliente potencial, la circulación de mercancías. El crack, la nueva droga-monstruo, juega ahí, para adelantar esto, sólo un papel entre otros, y la campaña antidroga número no sé cuánto de un presidente de los Estados Unidos, constituye un motivo más bien accidental para ocuparse de la política de drogas del gobierno yanqui.

INTERVENCION EN BOLIVIA

Querían darle difusión, admitiéndo la presencia del público. Cuando en octubre de 1983, la Infantería de Marina conquistó Granada, se excluyó al cuerpo de periodistas por orden del comandante supremo de las Fuerzas Armadas estadounidenses. Esta vez, en julio de 1986, no se trataba de un operativo al amparo de la noche ni de un aterrizaje en la triste penumbra de la madrugada. Fue una invasión franca que no temía la luz del día. Y así los periodistas, pertrechados con sus cámaras, sus aparatos fotográficos y máquinas de escribir, y protegidos por 160 soldados yanquis fuertemente armados y 16 agentes de la DEA (Drug Enforcement Administration), pudieron acompañarlos al campo de batalla. Su presencia y colaboración formaban parte de la "Operation Blast Furnace", lo que significa algo así como "Operativo Tempestad en el Alto Horno". Toda Latinoamérica debía ser testigo, porque el aterrizaje de tropas yanquis en Bolivia fue concebido como demostración de decisión y como intimidación a todos los países vecinos que cultivan coca, la transforman en "pasta básica" y la refinan a cocaína. A diferencia del caso Granada, donde el Pentágono, tomando en consideración susceptibilidades nacionales, había armado tropas de opereta caribeñas, detrás de las cuales se ocultaba la máquina de guerra yanqui, ahora el Ejército de los Estados Unidos exhibía la provocante presencia de las armas. Si bien dejaba el trabajo sucio a los "Leopardos", unidad especial boliviana adiestrada por los yanquis.

Pero los estrategas del Pentágono, a poco tiempo de haber enviado su Brigada 193, deben haber comenzado a dudar si fue la mejor de las ideas desarrollar una operación de los servicios secretos con tanta publicidad. ¿Acaso el gobierno boliviano no había pedido expresamente discreción? ¡Y ahora este despliegue!

Con todo desparpajo se posó en el aeropuerto de Santa Cruz de la Sierra uno de los panzones Superjets del tipo C 5A Galaxy, descargando seis helicópteros militares Black-Hawk, mientras más al norte, en el departamento del Beni, aviones de transporte de tropas C-130 traían soldados de la Brigada de Infantería estacionada en Panamá. Estos se atrincheraban, estableciendo en Trinidad, capital del Beni, un puesto de comando con todos los lujos: hospital militar, instalación de telecomunicaciones y puestos de ametralladoras.

Los representantes del gobierno boliviano manifestaron que habían imaginado la colaboración en forma diferente, cuando vieron que los titulares de los diarios exigían el retiro inmediato de las tropas extranjeras. Uno entre tantos, breve y contundente, rezaba: "Los Estados Unidos ocuparon Bolivia".

También el Presidente del Senado boliviano habló de una "verdadera invasión extranjera", y el legendario dirigente gremial Juan Lechín expresó: "La intervención de un ejército extranjero, en particular el norteamericano, es un atentado a la soberanía y al orgullo de nuestro pueblo." ¡Acierto total! Justamente esa había sido la intención de los invasores. O una de sus intenciones.

¿Era necesario llegar tan lejos? En efecto, era necesario. Porque la soberanía de un país y el orgullo de su población es una cosa y la balanza de pagos, otra. Bolivia, un país al borde de la bancarrota estatal, atenazado por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, hace mucho que de hecho perdió su soberanía. ¿Qué otra salida le quedaba al Presidente Víctor Paz Estenssoro, que ceder al gobierno de los Estados Unidos y enviar al norte un "pedido de asistencia"? El pedido se basaría en un convenio secreto concertado con los Estados Unidos por el predecesor del presidente, se dijo cuando estuvo en su apogeo la indignación nacional. Pero también se dijo que el Ejército boliviano se negaba a actuar contra los campesinos que cultivaban coca. Por eso se dependería de la ayuda extranjera en la lucha contra los barones de la cocaína. Que los campesinos no estuvieran de acuerdo con semejante "ofrecimiento de ayuda", no puede extrañar al que conozca su situación. Y así declaró en Cochabamba uno de sus portavoces, que defenderían sus

campos contra cualquier intruso. Una manifestación de 20.000 campesinos dio apoyo a esta declaración.

Cuando los sindicatos llamaron a una huelga general de 48 horas, añadieron a sus reivindicaciones de aumento salarial en las minas y suspensión de la reforma impositiva planeada, la exigencia de que los invasores abandonaran de inmediato el país. Las hélices de los helicópteros Black-Hawk levantaron bastante polvo en Bolivia.

El éxito de la operación ¿acaso guardaba una relación aceptable con los efectos políticos negativos que originó? Desde el punto de vista estratégico-militar, toda la acción fue un impacto en el alto horno. Sólo el "batallón" de difusión propagandística cumplió bien su cometido de acuerdo con el criterio del Pentágono. Demasiado bien, mirando más al fondo. Pues mientras transcurría el show de los medios, el operativo por el cual había sido puesto en escena quedó estancado debido a discrepancias de competencia y dificultades de abastecimiento. Durante tres o cuatro días quedaron colgados los soldados yanquis sin hacer nada, "sometidos a las miradas de la población", como lo formulaba un periódico. Este lapso fue ventaja suficiente para que los procesadores de coca se pusiesen a resguardo con sus equipos, sin gran despliegue, en una zona de operaciones que es la mitad de la superficie de la República Federal de Alemania. Contaban con suficientes pasos secretos al Brasil y más que suficientes escondites en el propio país.

Rara vez se oirá hablar del fracaso de tales operaciones, sean los que sean los verdaderos resultados. Ni siquiera los portavoces de las tropas invasoras osaron calificar su magro botín de brillante éxito. Y a los peces gordos, los procesadores grandes y "dealers" mayoristas con sus sostenedores políticos, ni siquiera lograron hallarlos. ¡Ni uno solo! Nunca se esclareció del todo cuál fue la meta que se habían trazado. Alguna vez y en alguna parte se había hablado de 120 toneladas que se querían confiscar. Esto después se perdió en medio del alboroto. Finalmente sólo se hablaba de laboratorios que se habrían destruido.

¡Laboratorios también en Bolivia! Ahí se acentúa un desarrollo que en el negocio de la heroína ya se había concretado. Cultivo, procesamiento y refinamiento coinciden geográficamente, en beneficio de los mayoristas de los países consumidores que, sobre la base del nivel de precios de un país del Tercer Mundo, compran en forma directa y por lo tanto más barata. Pero en be-

neficio también de los mayoristas del país de cultivo, que pueden colocar un producto final de primera calidad excluyendo a los intermediarios tanto en el procesamiento como en la comercialización. Esta evolución hizo de la droga un factor que influencia todo el sistema político de Bolivia. Esto explica también por qué se enfoca y debe enfocarse el problema de la cocaína en Bolivia en forma diferente al modo de encararlo en los Estados Unidos. La planta de la coca es un producto agrario, con el cual se benefician los campesinos. La pasta de coca es un producto semielaborado, con el cual se benefician los intermediarios, los dueños de laboratorios así como sus empleados y allegados. La cocaína es el producto final, con el cual se benefician los poderosos de la economía, de las Fuerzas Armadas y de la política. Todos ellos son bolivianos. Y justamente eso no corresponde a las normas tradicionales de las relaciones entre países industrializados y un país del llamado Tercer Mundo que, como Bolivia, vive de la exportación de minerales, gas natural y petróleo.

Es por eso que los invasores se encontraban en una posición tan difícil. Hubo ahí una resistencia con la cual no habían contado. Su operativo no se dirigía contra un sindicato urbano ni contra un clan de "dealers"; los represores tenían que vérselas con campesinos, con comerciantes y terratenientes que tienen sus tropas auxiliares en las Fuerzas Armadas, en la Policía y en la administración estatal. Las patrullas armadas lo sintieron peligrosamente a flor de piel, cuando a comienzos de octubre los indignados habitantes de una pequeña aldea los corrieron hasta sus helicópteros, listos para despegar. El alcalde de Santa Ana de Yacuma a duras penas logró convencer al comandante de los "Leopardos" que retire sus tropas. Así probablemente evitó un baño de sangre entre los campesinos dispuestos a enfrentarlos.

Si bien todo el operativo no fue exitoso, tampoco fue un fracaso total. El negocio de la cocaína se estancó. Los campesinos quedaron con su cosecha sin vender porque los laboratorios tuvieron que suspender transitoriamente su actividad. Los precios cayeron, lo cual fue doloroso para todos los implicados. En octubre, tres meses después del comienzo del operativo, el embajador boliviano en Wáshington se vio obligado a solicitar del gobierno yanqui un crédito "stand by", aduciendo que el operativo tuvo efectos francamente negativos sobre el flujo de divisas. Esto sonaba a extorsión y fue considerado en los Estados Unidos como una desfachatez. Pero la motivación del pedido se basaba en un sobrio análisis de la situación, y en la actualidad el es-

tado de intereses creados ya no puede ser expresado sino en categorías de economía política.

La gente en Bolivia pasa hambre. La mitad de la población esta desocupada o subocupada. Pero si 400.000 personas, en estas condiciones sociales y económicas, encuentran trabajo en una "industria" que elabora un producto muy cotizado y con perspectiva de futuro, entonces se trata de un factor económico que la burguesía nacional de un país no puede desdeñar. Y tampoco lo desdeña, como quedó demostrado en el lapso de 1980 a 1982, cuando los "narcos", es decir, el sector coquero del capital boliviano, bajo el general Luis García Meza se hizo cargo del gobierno. 400.000 personas, o tal vez tan sólo 300.000 —tales cifras son siempre estimativas— viven de la cocaína. Ya el número de pequeños campesinos que cultivan coca sobre una o dos hectáreas y que cosechan dos o, con suerte, tres veces por año, se cuenta por decenas de miles.

También los laboratorios, de los cuales sólo en el departamento del Beni habría cincuenta con una producción anual que se estima en 80 toneladas, trabajan con toda su capacidad. Transportistas, camioneros e intermediarios no sólo intervienen en el suministro de sustancias químicas que en su mayoría son traídas clandestinamente del Brasil, sino también en el traslado del cargamento de coca de los mercados locales a los laboratorios intermedios, donde las hojas semifermentadas, agregándoles bicarbonato de sodio y cerosina, son transformadas en "pasta básica" por los llamados "pateros"[1]. También el ulterior transporte de la pasta a los laboratorios que la transforman en el producto final que es el clorhidrato de cocaína cristalizado, emplea un ejército de colaboradores. Aun los contrabandistas que llevan a los mercados locales las baratijas de plástico "made in Taiwan" o "made in Hongkong" financiadas por coca-dólares, para cobrar a su vez de los campesinos coca-dólares y pesos bolivianos, también forman parte de los que se benefician de la economía de la coca.

De los miles de millones de dólares obtenidos de las ventas en el mercado consumidor final en los Estados Unidos y Europa occidental, seiscientos millones regresan al circuito económico boliviano. La mayor parte —se trata de miles de millones— va a cuentas en Panamá, Florida y Suiza. Pero también bancos austríacos, así como de Luxemburgo y las Bahamas, se mencionan cada vez más como centros de blanqueo. Un aporte de seiscientos millones de dólares provenientes de negocios ilegales, en comparación con quinientos millones obtenidos en negocios de exportación legal, muestra en forma indudable la importancia económica del negocio de la coca para Bolivia y para todos los que de alguna manera tienen que ver con esta actividad, en la que hasta los servicios auxiliares y complementarios son bien remunerados.

Así, en Bolivia, un "patero" puede ganar hasta treinta dólares diarios, cuando el sueldo mínimo en el país está en los veinte dólares… ¡por mes! Y un campesino pobre que cultiva coca y luego la vende en el mercado, puede obtener ingresos entre los 5.000 y 10.000 dólares por hectárea. Son sumas inimaginables para un campesino o una campesina en América Latina.

¿Qué significan entonces los 350 dólares prometidos por los funcionarios del gobierno como premio a los campesinos que arranquen sus valiosas plantas de coca y cultiven en su lugar maíz o porotos, dentro de un programa de sustitución de cultivos, para cuya realización el gobierno yanqui había ofrecido la ridícula suma de 60 millones de dólares? Los campesinos saben por larga experiencia, cuanto da el mercado por porotos, papas o maíz. Saben también a qué altibajos está sujeto. Fue fácil para ellos evaluar dónde estaba la ventaja. Claro que los campesinos conocen también los riesgos de su actividad. Tienen la esperanza de que las razzias y los operativos militares —si Dios Quiere[2]— pasen de largo. Toda su vida, por otra parte, es su único riesgo.

El operativo militar en el verano del 86 asestó a la economía de la coca boliviana un severo golpe. Esto es indiscutible. Los trabajadores rurales fueron los más duramente castigados. No habían acopiado nada para poder aguantar hasta que se esfume la fantasmagoría y el alto horno se encienda de nuevo. Miles de personas se pusieron en marcha hacia las ciudades en busca de trabajo y alimento.

La exclusión del mercado boliviano tampoco dejó de tener efectos sobre el mercado internacional, sin que llegaran por cierto hasta el consumidor final. Los "cocsers" de Dallas, Denver o Miami no necesitaron reducir ni un ápice sus cuotas. El operativo "Tempestad en el Alto Horno" logró que Colombia, que en dura lucha competititva había perdido su monopolio de procesamiento, reingresara al negocio. También otras regiones de cultivo, que

[1] Término usado por analogía con el que designa a los que en la producción de vino aplastan la uva pisándola con los pies desnudos.

2 En castellano en el original.

no fueron tocadas por las tropas yanquis, se beneficiaron por la falta de las entregas bolivianas. Si el Pentágono se propusiera realmente ampliar en el futuro su zona de operaciones, entonces las tropas estadounidenses tendrían mucho trabajo. Porque el cultivo de la coca se expande en toda Latinoamérica. El Brasil, conocido hasta ahora sólo como país de tránsito, se considera hoy también como país de cultivo.

Se cultiva coca en Perú, así como en Chile. Colombia y Ecuador siguen siendo emporios no sólo del producto final, sino también de la distribución a los países consumidores. Tan sólo la presencia permanente de tropas, o por lo menos de una infraestructura militar capaz de efectuar operativos-relámpago, daría a los pesquizas estadounidenses alguna oportunidad. Una oportunidad ciertamente mínima, ya que su campo de acción debería abarcar casi medio continente. Ningún ejército puede, sin ocupar un país, controlar una superficie tan extensa, ni aun contando con controles por medio de satélites.

A los que en los Estados Unidos exigen una solución radical, ningún gobierno latinoamericano les hará caso. Nadie puede hacerse responsable de la destrucción total de las plantas de coca en Latinoamérica; porque lo que es, en los Estados Unidos, una droga, es en los países andinos un alimento básico.

La invasión militar a Bolivia fue discutida acaloradamente por el público latinoamericano. Perú contestó a la actitud amenazante yanqui con un gesto de sometimiento. El presidente peruano Alan García mandó bombardear pistas de aterrizaje y laboratorios en las zonas fronterizas con Brasil y Colombia por dos formaciones de aviones Alpha-Jet. Quería adelantarse a un ataque o un "ofrecimiento de ayuda". Según datos peruanos, fueron destruidas 160 pistas, 270 laboratorios y 7000 hectáreas de cultivo, confiscándose además algunas toneladas de pasta. Estos datos no son comprobables pero se privó a los Estados Unidos de un argumento capaz de justificar una invasión militar. El éxito del operativo militar yanqui en Bolivia tampoco fue mucho mayor.

Que tan sólo en la parte peruana de la Amazonia se siga cultivando coca sobre 150.000 hectáreas, no hace más que demostrar la relatividad de tales éxitos.

De todos los países latinoamericanos siempre fue México el que reaccionaba en forma más susceptible a las demostraciones de fuerza de los Estados Unidos. Tan cerca de los Estados Unidos y tan lejos de Dios —como reza su lamento nacional— los mejicanos, ya en los años setenta, conocieron operativos como los que acaban de desarrollarse en Bolivia. Pero, ¿por qué destruyen o envenenan las tropas yanquis campos de marihuana en México, cuando tendrían suficiente trabajo en California o Texas? ¿Y por qué eligen sus campos de operaciones justo en aquellas regiones que son políticamente lábiles, donde hay movimientos campesinos y, a comienzos de los años setenta, hasta hubo una guerrilla? A raíz de su dependencia económica, México se empeña en mantener sus relaciones con los Estados Unidos en condiciones "de buena vecindad". No obstante, aumentan las tensiones. "Falta respeto"[3], dicen los mejicanos y así es, falta respeto al pueblo mejicano.

Ultimamente, no sólo en México se manifiesta la resistencia contra la autosuficiente política de drogas de los Estados Unidos. Pero no pasa de una protesta verbal, puesto que faltan los medios de presión. De esta manera el asesinato, calificado en los más duros términos por ciertos diarios, de un agente de la Comisión de Drogas (DEA) estadounidense en México, originó por parte del gobierno mejicano las habituales expresiones de desconcierto y pésame; cuestionándose sin embargo —¡y no por primera vez!— la legitimidad de la presencia de tales agentes en el territorio nacional. El hombre había operado en México sin el conocimiento de las autoridades competentes.

En México, se habló también de una "bolivianización" del problema de la droga. Tenía sentido de advertencia dirigida a los Estados Unidos, en la medida en que los representantes de doce países latinoamericanos, reunidos en Puerto Vallarta el 8 de octubre de 1986, estaban en condiciones de formular advertencias a los Estados Unidos. En rigor, este encuentro de ministros de justicia en la costa mejicana del Pacífico, tenía por fin profundizar y coordinar la colaboración entre el principal país consumidor, los Estados Unidos, y los países productores y de tránsito latinoamericanos, y coordinar medidas conjuntas de defensa.

El encuentro, además, habría proporcionado al Ministro de Justicia estadounidense, Edwin Meese, la oportunidad de tantear las reacciones de los países vecinos de Latinoamérica al operativo en Bolivia. Pero Meese tenía

3 En castellano en el original.

otras intenciones. Había decidido hacer un "power trip"[4]. Sin inmutarse ante la crítica de sus colegas de Bolivia, Colombia, Ecuador, Brasil, Bélice, Costa Rica, Guatemala, Jamaica, Panamá, Perú, Venezuela y México, no sólo justificó la invasión a Bolivia, sino que anunció para el futuro más acciones del mismo calibre. Meese, quien apenas puede levantar los pies de tan embarrados que están, no se privó de exigir, al mejor estilo yanqui, respeto por parte de sus anfitriones. "Hay corrupción en este país" afirmó. "Porque donde hay drogas, hay también mucho dinero". Los mejicanos lo escucharon con asombro, porque Meese, al decirlo, señaló a México y no a sí mismo.

Pero moral aparte, ¿qué hay que hacer? También los estados latinoamericanos están interesados en una solución del problema de la droga, porque en algunos países la economía de la coca ya actúa en forma peligrosamente desestabilizante.

Nadie sabe si el ofrecimiento fue hecho en serio. Pero fue, en todo caso, una impactante demostración de fuerza, cuando el narcocapital colombiano ofreció al gobierno pagar la deuda externa de trece mil millones de dólares, si éste en cambio cesa de combatir el comercio de la coca. En esta oportunidad fue planteado un reclamo bien concreto. Que el convenio de extradición entre Colombia y los Estados Unidos sea rescindido. Tal vez la oferta fue tan sólo un gesto de soberbia, porque el brazo ejecutor de los barones de la coca tiene largo alcance. Todo el mundo debería saberlo. A fines del 86, un comando asesino mató al editor de *El Espectador*. Dos encapuchados ejecutaron la misión desde una motocicleta. Mediante por lo menos seis disparos en el cuello, el corazón y el estómago, tumbaron al periodista Guillermo Cano. Había denunciado valientemente en su diario, a pesar de todas las advertencias y amenazas, el poder y la impunidad de los barones de la coca. Cano no fue la primera víctima. Previamente lo habían sido dos jueces, otro periodista y el jefe de seguridad de la compañía aérea Avianca. Tampoco escapó a los asesinos el ex-ministro de justicia, que fue trasladado como embajador a Hungría para ponerlo fuera de peligro. A mediados de enero de 1987 fue enfrentado cerca de Budapest y liquidado sin piedad.

Ni uno solo de los representantes latinoamericanos que acudieron a la conferencia de Puerto Vallarta podía afirmar que su gobierno tuviera de alguna manera el problema bajo control. Fue una reunión de impotentes. Porque la economía de la coca sigue reglas de juego que escapan a su control. Lo habían comprendido bien y por eso destacaron el mecanismo de la oferta y la demanda. ¿Qué hace el gobierno de los Estados Unidos para contener la demanda? Esta vez, los representantes latinoamericanos no tenían reparos en poner sobre la mesa los intereses contrapuestos. Sin tapujos, pusieron al descubierto las contradicciones de la política de drogas yanqui. ¿Qué se esconde detrás de la retórica de la cruzada de Reagan contra la droga? ¿Cuántos dólares le vale un programa que logre apartar a la población de su necesidad de narcóticos y estimulantes? ¿Qué piensa hacer el gobierno estadounidense contra aquellos estados de la Unión, que por miedo a un levantamiento de sus agricultores toleran el cultivo de la marihuana, o bien sólo lo traban un poquito de vez en cuando, para quedar bien, y sin mayores consecuencias? ¿Y cómo hay que evaluar las exigencias de sectores influyentes de los Estados Unidos, de legalizar la marihuana; o sea, aquella droga que Latinoamérica, bajo la presión estadounidense, debe destruir por medio de herbicidas?

Cuando la reunión se levantó al cabo de tres días, aún no se había hecho público, si bien ya se murmuraba al respecto, lo que sólo dos meses más tarde fue decretado: la administración Reagan redujo, para el presupuesto de 1988, los recursos destinados al programa antidroga en varios centenares de millones de dólares. Quiere decir: ningún esclarecimiento, ninguna educación dirigida a los consumidores. Fue, también, una respuesta a la pregunta por la demanda.

¡Retirada en toda la línea! El balance anual 86-87 puso al descubierto una debacle. La cruzada de Reagan fue un fracaso; como resumía *Newsweek:* "La cruzada de Reagan contra la cocaína en Sudamérica, concebida y hecha a todo trapo, ha reventado".

Los barones de la coca, hace rato que se recuperaron del golpe que les fue asestado por el operativo "Blast Furnace". Bien pronto se estabilizaron los precios. En la región del Chapare donde el precio de la hoja había caído de 100 dólares a 20 dólares las cien libras, en la primavera (boreal) de 1987 casi se alcanzó de nuevo el nivel anterior. Y a pesar de una sobreproducción. Justo un año después de la intervención de las tropas estadounidenses en Bolivia, tuvo lugar una conmoción adicional. El Ministro del Interior Fernando Barthelemy, el ex-jefe de policía General Julio Vargas, y el ex-comandan-

4 Viaje de poder, c[illegible]der; término tomado de la jerga de la droga. Aquí más bien, demostración de fuerza.

te de los "Leopardos", tienen que rendir cuentas ante la justicia. Se los acusa de haber protegido a los narcotraficantes facilitándoles la fuga.

Las estimaciones sobre la extensión actual de la superficie de cultivo divergen mucho entre sí. No obstante, ningún experto admite una reducción. En el año de la cruzada contra la droga, miles de hectáreas nuevas se habilitaron al cultivo de la coca. Tan sólo con respecto a Perú, las estimaciones oscilan entre 175.000 y 370.000 hectáreas.

Ahora, hasta en la Argentina los agentes de la Comisión Antidroga yanqui pretenden haber encontrado campesinos que cultivan coca. Una historia de nunca acabar. ¿También una guerra sin acabar? La metáfora me desagrada, pero fue traída a la discusión por los propios yanquis.

Trátese de la "guerra contra la pobreza", o bien de la "guerra contra la droga", cada vez que un presidente estadounidense hace un gran esfuerzo para resolver un problema, siempre se habla de guerra. Esto corre bajo el lema "militarización de la conciencia", y encuadra bien en la política aplicada en Bolivia: "Militarización de la política exterior". Mantengamos, pues, la terminología bélica y miremos hacia el este. Allí encontramos otro campo de batalla, que nos hará comprender plenamente la envergadura de la derrota en la lucha contra el narcotráfico internacional.

LA CONEXION DEL SUDESTE DE ASIA

Malasia también —¿Ud. recuerda el caso Förster?[1]—. Malasia también se siente amenazada. Hay torres de vigilancia con distancias intermedias de un kilómetro, ocupadas las veinticuatro horas, con el fin de atajar a los intrusos. Hay patrullas activas día y noche y permanentemente atentas a la voz de alarma, para ahuyentar al adversario. El país intenta hacer infranqueables sus fronteras. Pero, ¿cómo puede funcionar esto? La costa oriental de Malasia hacia el Mar de China tiene una longitud de cientos de kilómetros, y otros cientos de kilómetros tiene la costa occidental sobre el Estrecho de Malaka. De ahí viene la agresión. Esta vía marítima se considera una de las más importantes para el transporte de opio, morfina cruda y heroína, en el camino desde el "Triángulo Dorado" hasta los mercados consumidores de Europa, Estados Unidos y Australia.

Con la expulsión del ejército yanqui de Vietman se derrumbó también la infraestructura del narcotráfico ahí donde se juntan Birmania, Laos y Thailandia. La primera fuente de heroína parecía extinguida, pero pronto fue sustituida y la falta en el mercado duró poco. Otra región productora presionó masivamente para suplirla. En analogía al entrañable recuerdo, la llamaron "Medialuna Dorada". El término englobaba Irán, Afganistán y Pakistán. Mientras tanto, se le unió la India como país de procesamiento y de tránsito. Y pronto la antigua conexión del Asia sudoriental volvió a contactarse con el mercado internacional; los traficantes habían explorado nuevas rutas comerciales y desarrollado nuevos métodos de transporte.

1 Förster, un alemán joven, fue acusado de tenencia de drogas y condenado a muerte en Malasia. A raíz de un movimiento mundial de protesta e intervenciones diplomáticas, la sentencia no fue ejecutada. En Europa la legislación penal correspondiente es mucho menos dura. En Alemania Federal la pena de muerte no existe.

La reconquista de la antigua participación en el mercado se realizó sin inconvenientes y no, como podía esperarse, en una competencia despiadada entre el "Triángulo Dorado" y la "Medialuna Dorada". Ampliar en vez de repartir: tal era la estrategia mercantil del capital del opio. El mercado proporcionaba la posibilidad para ello, ya que la demanda de consumo estaba lejos de haberse agotado. Y así la siembra de amapola y la cosecha de opio alcanzaron nuevas dimensiones, aumentando también el número de heroinodependientes.

La cruzada antidroga de Reagan, concentrada enteramente en la cocaína, podría hacer creer que la cocaína desplazó o reemplazó a la heroína. La desplazó por cierto, pero no la reemplazó. El aparato de propaganda de la administración Reagan logró en efecto llevar en tal medida el problema de la cocaína al centro del interés público, que por fuerza tenía que olvidarse el problema de la heroína. Es una propiedad de tales campañas, en las cuales el hablar es por lo menos tan importante como el actuar, que se pretenda que antes no hubo nada. El preexistente complejo problemático del alcoholismo, de la fármaco-dependencia y de la heroinoadicción, simplemente se ignora, se desplaza o se olvida. Un censo franco de lo que existe no es deseable, porque entonces la campaña que justo se lanzaba dejaría de impactar.

Por otra parte, el problema de la heroína se ha trasladado al "Tercer Mundo". En Europa y en los Estados Unidos se observan síntomas de una saturación del mercado, lo cual facilita el creciente descuido del problema de los opioderivados. Tal vez actúen, también, sin que se los mencione, motivos racistas; habiendo retornado la ola de la heroína a los países de cultivo y de tránsito, los de los "bimbos" y "canacos"[2], el problema pierde su dramatismo, ya que a la vida humana asiática nunca se le asignaba en los Estados Unidos un valor muy alto.

El traslado del problema de la heroína a los países de cultivo y de tránsito es el resultado lógico de un cambio estructural del opiotráfico internacional. Si dos potentes regiones de cultivo inundan el mercado, se origina una sobreoferta que exige la búsqueda de nuevos mercados, especialmente cuando los tradicionales ostentan ciertas tendencias de saturación. En Europa y en los Estados Unidos, los precios de la heroína se desbarrancaban. Aumentar

2 Términos racialmente despectivos que designan extranjeros de aspecto no "nórdico" o centroeuropeo.

la venta para compensar la caída de precios, es actualmente, en las ciudades de los países industrializados, una tarea nada fácil. El negocio se volvió más arriesgado. Hay demasiada policía, están metidas las fuerzas armadas, circula un montón de soplones y confidentes. El negocio se volvió arriesgado pero sigue siendo rentable.

Los expertos de Europa y de los Estados Unidos confían en el temor al SIDA por parte de los consumidores, que sería más efectivo que diez razzias en el ambiente y que cien policías secretos en acción. Pero por ahora y en cuanto al porvenir más cercano, no existen razones para el optimismo ni para el cese de la alarma. ¿O acaso la Sección Drogas de Fráncfort ha de disponer el cese de la alarma y difundir el optimismo cuando tiene que cerrar su balance de "fixers"[3] de 1986 con 45 muertes? Tantas muertes no se había contado nunca desde que se lleva en Fráncfort una estadística de mortalidad para fixers.

El balance anual del "Control Alemán de Drogadicción" tampoco señala nada bueno: "Los hallazgos del servicio aduanero con respecto a cocaína y heroína seguían siendo considerables y ostentaban una tendencia ascendente". Eso significaba, de acuerdo con la interpretación internacionalmente vigente, que hay en el mercado más cocaína, pero también más heroína que nunca.

Volvamos a los países de cultivo. La unificación de cultivo y procesamiento, o sea, la reducción del número de escalones del narcotráfico, fortalece la posición económica de los barones de la coca en Bolivia y de los mercaderes de heroína en Pakistán; pero también ofrece, en los países de cultivo, el producto final: la heroína o la cocaína, a un precio con el cual los cocsers[4] de Nueva York o los fixers de Londres sólo pueden soñar. El precio de calle de la cocaína en las ciudades bolivianas de Santa Cruz de la Sierra o Cochabamba, oscila alrededor de los cinco dólares el gramo. En Nueva York o Los Angeles la misma cantidad cuesta cien dólares. Parecidas son las diferencias de precio en el comercio de la heroína, que hoy en los países de cultivo alcanzó un nivel que ya supera el de los Estados Unidos y de Europa Occidental, los países consumidores clásicos. En las zonas alcanzadas por la influencia e irradiación de las dos principales regiones de cultivo

3 Adicto a la inyección de heroína.
4 Cocainómano.

del Asia sudoriental, centenares de miles se volvieron adictos al opio o a la heroína, en países en los que, como por ejemplo Pakistán, hace diez años las estadísticas de la ONU no registraban un solo heroinodependiente. También Malasia, —¿Ud. recuerda el caso Förster?— también Malasia figura entre aquellos países, a pesar de no ser siquiera un país de cultivo. Casi se desconocía en la República Federal de Alemania la dramática situación en Malasia, cuando el caso Frank Förster proporcionó impactantes titulares en los periódicos. Por más repugnancia que nos inspire el régimen autoritario de Kuala Lumpur, y por más alivio que experimentemos a raíz de haberse salvado un ser humano de la pena capital que es un acto de barbarie, el caso Förster proporcionaba la oportunidad —que por desgracia no fue aprovechada— para encarar alguna vez las desesperadas medidas defensivas de un país del "Tercer Mundo", desde un punto de vista no eurocéntrico. Pero la anónima muerte de "junkies"[5] asiáticos interesa poco, cuando está en juego la vida de un alemán rubio. En Malasia, país de tránsito, se registraron oficialmente, en 1986, más de 120.000 drogadictos. Otras fuentes mencionan 400.000, o sea, el 2,5 por ciento de la población. Sólo los traficantes-hormigas procedentes de Europa, los Estados Unidos y Australia, que entran como turistas, proporcionan con sus dólares interés al comercio intermediario de Malasia. Su demanda atrae drogas al país, que por una red de "pasadores" pequeños e intermediarios llegan también a la población autóctona. No importa entonces de cuáles drogas se trata; la "Dangerous Drug Act" sancionada en 1981, en todo caso, no repara en las diferentes sustancias, sino sólo en las cantidades. Para heroína, el límite para la pena capital se fijó en los 15 gramos, para háshish en los 200 gramos. Ahora Ud. se acuerda, ¿verdad? ¡El caso Förster! A partir de 1983, en Malasia se ejecutaron 47 personas; entre ellas algunos extranjeros. Unos 100 condenados esperan la fecha de su ejecución. Con el mismo rigor implacable, también Thailandia procede contra los narcotraficantes. Esta medida inhumana de castigo tal vez asuste a minidealers procedentes de los Estados Unidos y de Europa; los adictos en el propio país, en cambio —¡se habla de medio millón!— siguen codiciando la sustancia. Para miles de pequeños traficantes, ésta es la oportunidad de su vida, y la pena capital no es más que un factor de riesgo.

5 **Junky, plural junkies; usado también en castellano: yumki o yunquis. Junk: suciedad, mugre. Adicto a la heroína, y por extensión, a drogas en general.**

La decisión de Reagan de mandar tropas a Bolivia y hacer de un país latinoamericano el objetivo de su cruzada, implica también la confesión de una grave derrota. Asia fue abandonada. Asia se da por perdida, y el comercio de la heroína está ahí "out of control". Toda tentativa de intervención militar directa en el sudeste de Asia estaría condenada al fracaso, como fracasaron todas las tentativas de inducir mediante contundentes argumentos de dólares y garantías de compra, a los campesinos del "Triángulo Dorado", a sustituir el cultivo de la amapola por el de otros productos agrarios vendibles.

Fracasó también la tentativa de destruir o bien de envenenar cosechas desde el aire; simplemente porque, apenas se había eliminado una región de esta manera, ya surgía otra con nuevas superficies de cultivo.

El empleo de herbicidas alcanzó en algunos lugares el nivel de una guerra química contra la población. En estrecha colaboración —¿acaso puede ser diferente?— con el gobierno estadounidense, en Birmania pilotos nativos, equipados con aviones del Departamento de Drogas yanqui, espolvorean sobre los campos y las chozas de los campesinos que cultivan amapola, el herbicida 2,4-D fabricado en los Estados Unidos. La eficacia de este veneno se comprobó en Vietnam, ya que el ácido fenoxacético (2,4-D) es una de las sustancias básicas del "Agent Orange", con el cual el ejército de los Estados Unidos desfolió la selva vietnamesa. Los efectos de tal empleo fueron horribles: aún hoy vietnamitas que quedaron bajo la nube tóxica presentan graves manifestaciones cancerosas; aún hoy nacen niños malformes, de cuyo destino, según la opinión de médicos y químicos, es responsable el desfoliante estadounidense. También en Guatemala se emplean bombarderos químicos para destruir plantaciones de marihuana. Hombres de ciencia de la Universidad de San Carlos han protestado contra estos métodos. Hablan de una catástrofe ecológica, puesto que el veneno no sólo aniquilaría las plantas de marihuana, sino que pondría en peligro también la salud de los habitantes de la región, contaminando las aguas subterráneas y amenazando asimismo el resto de la vegetación que constituye la base vital de numerosas especies animales.

En el momento de la cruzada anti-droga de Reagan dirigida hacia Latinoamérica, se cosecharon y elaboraron, en las provincias noroccidentales de Pakistán que lindan con Afganistán, 150 toneladas de opio crudo. Pero también en el "Triángulo Dorado" los campesinos obtuvieron una cosecha re-

cord de 800 toneladas en 1986, correspondiendo de tal cantidad nada menos que 600 toneladas a las distantes regiones montañosas de Birmania. Para 1987, los expertos de la ONU esperaban un nuevo aumento de 300 toneladas. Buscando el camino de la menor resistencia, los estrategas militares de Reagan eligieron Bolivia como blanco de sus operaciones, si bien hubiera sido lo más lógico dirigir las acciones militares contra uno de los países asiáticos de cultivo. ¿Acaso no se considera siempre la heroína como "la más peligrosa" de todas las drogas, tomando como criterio la estadística de mortalidad? Pero Reagan estaba bien aconsejado, pues la situación de Asia es más compleja que la de Latinoamérica, tanto política como estratégicamente.

El propio acceso a las regiones de cultivo y procesamiento es siempre difícil cuando no coinciden las fronteras tribales con las nacionales, por haber sido divididas culturas enteras por la fijación arbitraria de límites que practicaron en su momento los antiguos amos coloniales. En la región limítrofe de Pakistán con Afganistán, y de Pakistán con la India, el cultivo del opio se apoya en tradiciones tribales que pudieron sostenerse frente a las pretensiones de poder y de control del gobierno central de turno. Así puede suceder que un campesino cultive opio en un país y haga fabricar heroína en otro. Colabora entonces con miembros de su familia o de su tribu que son de otra nacionalidad. Los lugares de cultivo y de procesamiento a menudo distan, en tal forma, muy poco entre sí. El cultivo de opio prospera más donde el poder del gobierno central correspondiente sea más débil. Si para colmo hay facciones en guerra civil que hayan establecido un poder militar propio, la región se hace completamente inaccesible. En todo caso, una operación militar exige más que el show presentado por el empleo de una brigada. Debería entrar en el cálculo el riesgo de grandes sacrificios propios.

Donde se comercian drogas, los traficantes de armas siempre participan del negocio. Esto es válido tanto para Latinoamérica como para Asia. Pero el narcotráfico asiático no sólo está vinculado con el tráfico de armamentos, sino asimismo comprometido en acciones bélicas activas. Ya el antecesor de Reagan en la Casa Blanca, Jimmy Carter, se enredó en las contradicciones de la política de drogas de su país, que atan hoy de pies y manos a su sucesor. Carter eligió a jefes tribales afganos, que desde hace años están metidos en el narcotráfico, como aliados de los Estados Unidos. Reagan hizo más, coronándolos como combatientes por la libertad. De tal conexión, el público de

los Estados Unidos por mucho tiempo no quiso saber nada, tildándola de propaganda soviética. Ahora, funcionarios de la DEA (Drug Enforcement Administration), que tantas veces fueron atropellados, desautorizados y estafados en cuanto a sus éxitos por funcionarios de la CIA con el argumento de "intereses superiores", pusieron al descubierto sin reparos todas estas contradicciones en un informe al Congreso: "En aquella región, así como también en América Central, la CIA y los funcionarios de la Investigación del Narcotráfico actúan enfrentados entre sí. La CIA quiere apoyar a los Modshahedines en la guerra contra los rusos y afganos. Esto incluye el apoyo para el suministro de armas".

Conclusión: Si se detuviera el tráfico de armas, entonces los traficantes del opio y de la heroína se clavarían con sus narcodólares. Pero no es así. La DEA y la CIA sirven a un mismo amo: "Si los Estados Unidos no incrementan su ayuda militar, entonces la única fuente para proveerse de armas es el narcotráfico: háshish, opio y heroína". Con tal alegato por más armas, nos encontraremos una vez más cuando hablemos de la financiación de las bandas-contra dentro de Nicaragua y sobre sus fronteras.

La confluencia del narcotráfico con el tráfico de armas repercute no sólo sobre el curso de la guerra en Afganistán; también en Pakistán, cuyo régimen militar juega un papel importante en esta guerra, la situación amenaza con escaparse de todo control. Parecería que los dos servicios secretos estadounidenses no valoraran debidamente la dinámica de sus actividades contradictorias. Porque una desestabilización de la situación política en Pakistán perjudica necesariamente el interés de la estrategia global yanqui. "Antes de la guerra en Afganistán, las tribus poseían fusiles de un solo caño. Otras tenían armas automáticas que habían sido clandestinamente introducidas con altos costos. Hoy, hasta un clan subalterno ha de estar muy venido abajo si no posee ametralladoras, minas e incluso armas antiaéreas, y no es tan fácil mantenerlos bajo control." Así se queja un funcionario del gobierno pakistano ante un micrófono de la BBC.

Pero, por muy bien provisto que ellos mismos estén de armas de procedencia estadounidense, los militares pakistanos hicieron poco o nada contra un auge de armamentos análogo en las regiones lindantes con Afganistán. ¿Qué razón habría para enfrentarlo? Al fin y al cabo, de las ganancias de este tráfico de armas participan en buena medida hombres de negocios pakis-

tanos, civiles y uniformados.

Tal política no es muy inteligente ni muy previsora, porque ahora vuelven a Pakistán las armas que los Estados Unidos han proporcionado en apoyo a la "lucha por la libertad" afgana. Vuelven con los refugiados, aparecen en los campamentos, se emplean en las luchas tribales y las guerras de la maffia; y siempre se trata también de háshish, opio y heroína.

Pakistán es un país de cultivo. Pakistán es un país de procesamiento. Pakistán es un país de tránsito. Pakistán es también un país consumidor. Es lógico. "El asunto está completamente fuera de control" manifiesta Taoha Quireshi, director de la oficina estatal pakistana de control de drogas. Se confiesa a sí mismo, y a su gobierno, impotente para frenar la ola de adicción. Pero no sólo de Pakistán proceden las noticias de horror; casi todos los países del Asia sudoriental se ven confrontados con una ola de adicción. Sólo el Japón constituye una excepción. Esto ha de sorprendernos; pues sería lógico suponer que el Japón, de acuerdo con la fórmula: "moneda dura, drogas duras", ocupe una posición de punta entre los países consumidores. Por supuesto, el Japón tampoco está "libre de drogas". El país tiene, en materia de drogas, su propia tradición. Las anfetaminas constituían la correa de transmisión del milagro económico japonés. "Speed"[6] sigue siendo aún hoy la "droga popular" japonesa. Miles de millones de yens se gastan anualmente para píldoras "aceleradoras", jugos de "fitness"[7] y polvos estimulantes. Decenas de miles de japoneses son anfetaminodependientes. Contra los opiáceos los consumidores japoneses eran refractarios. Por lo visto, simplemente no corresponden a sus preferencias.

Si los cocainotraficantes tienen mejores perspectivas para irrumpir en el mercado japonés, aún no se sabe. El crack; sí sería algo. Pues bien, ya se está investigando el mercado. El capital de la cocaína no está ocioso, como lo prueban las noticias sobre remesas de cocaína secuestradas en Tokio. Y el crack igualmente se detectó ya en la capital del Japón. Pero repetimos: el problema de la droga en el Japón no es típico para la situación en Asia, donde en un lapso de seis, siete u ocho años pegaron un salto las estadísticas relativas a los opiáceos. Lo que en Europa y los Estados Unidos tardó dos décadas, se realizó ahí en pocos años. Una colaboradora del Ministerio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos habla de la "heroinización de Pakistán". Podría haber dicho lo mismo de la India.

Los expertos hacen conjeturas con respecto a las causas. Especialistas de psicología social hablan de un efecto imitador de los modelos de consumo de Europa y los Estados Unidos. Se recurre a las tradiciones étnicas y los hábitos religiosos para explicar el hecho de que existan sociedades asiáticas refractarias a la oferta de la droga, en tanto que otras están por asfixiarse. No tiene sentido especular acerca de la motivación de los consumidores asiáticos. Ocupémonos de lo tangible. Existe una oferta de drogas a precios aceptables. En Hongkong se ofrece la heroína a nueve dólares el gramo; en Bangkok, el gramo del producto de alta calidad Nº 4 cuesta sólo un dólar. Entre tales límites oscilan los precios para el consumidor final en Karachi y Kuala Lumpur, Hongkong y Bombay. En medio millón estiman los expertos estadounidenses el número de drogadictos en Pakistán. Los expertos nativos consideran exagerada esta cifra. Aunque no tanto. Por el momento, la evolución más dramática se está dando en la India. En su frontera norte hacia Pakistán, los exploradores de la DEA sospechan la existencia de centenares de laboratorios de heroína. Nueva Delhi y Bombay se consideran mientras tanto los emporios más importantes del tráfico hacia Europa y los Estados Unidos. En Nueva Delhi y Bombay, la corriente de la mercancía se divide. Va a través de Africa (Egipto o Nigeria) hacia Europa y la costa oriental de los Estados Unidos, así como a través de Sri Lanka hacia Australia y la costa occidental de los Estados Unidos. Nueva Delhi es considerada el nuevo centro de adicción del sudeste asiático; ya habría allí más de cien mil junkies. Y Bombay participa.

6 Speed, rapidez en inglés. Drogas "aceleradoras", excitantes. En general, anfetaminas.
7 Estar en forma.

LA ECONOMIA DE LA COCA

Es como un torrente infinito que se vierte hasta los rincones más remotos del planeta y no puede ser detenido por las fronteras sistémicas y zonas monetarias, ni por las fortificaciones y barreras policiales. Las drogas participan del flujo general de mercancías. Sus traficantes usan los caminos del transporte universal y los contactos bancarios internacionales.

Estando en juego tantos intereses y tanto capital, las contradicciones han de ser bastante crasas. Y lo son.

Quien tardó hasta hoy en iniciar sus estudios sobre el problema de la droga, puede tener dificultades en imaginarse con cuánta estupidez e incomprensión se manejaba la discusión al respecto a comienzos de los años setenta; lo difícil que fue ponerse de acuerdo para definir qué abarca el concepto de droga y cuál es su naturaleza; cuánto se tardó en entender que las drogas son mercancías y que el comercio de la droga sigue las leyes propias de la libre circulación de mercancías.

La discusión sobre las drogas es cualquier cosa menos un enfrentamiento académico sin consecuencias. Se trata de intereses muy reales y de la tentativa de originar en la opinión pública determinada imagen sobre el trasfondo y las interrelaciones. Quien tenga el poder de definir la causa del problema de acuerdo a sus concepciones, también tiene el de ordenar las medidas defensivas correspondientes y, de esto se trata en última instancia, de pedir los medios para ello.

La discusión sobre la droga llevada a cabo en la década del setenta fue un monólogo de los países consumidores, un ritual reiterado de cargos, acusaciones y amenazas contra los países productores en Asia y América Latina.

En este aspecto, algo cambió. Hoy los países productores participan de la discusión, exponiendo públicamente su visión del problema. El monólogo se transformó en un diálogo entre los representantes de diferentes intereses, que se echan la culpa mutuamente. Sea que el presidente de la cámara de comercio de una ciudad fronteriza de México advierta públicamente contra el peligro de un mayor déficit en el balance comercial si los Estados Unidos siguen impidiendo el paso de drogas en una y el de dólares en la otra dirección; sea que un portavoz del gobierno boliviano califique de "suicidio nacional" la renuncia a los coca-dólares; o que un periodista pakistano alabe la heroína como "our mineral wealth"[1]; el asunto siempre tiene un aspecto seductor, puesto que alguna vez aparecen los países del "Tercer Mundo", mantenidos en el subdesarrollo, en una posición de fuerza. Pero, ¿qué fuerza tienen realmente?

El comercio de la droga tiene efectos de largo alcance y en profundidad sobre las economías nacionales de los países productores e intermediarios. Algunas personas se enriquecieron mucho. En el comercio de la droga y en la producción de la droga, centenares de miles de personas hallaron trabajo; trabajo transitorio, pero trabajo al fin. El narcotráfico trae dólares, mucho más a veces que el conjunto de los productos de exportación tradicionales. Todo eso, en el orden de los miles de millones de dólares. Pero existe también otro cálculo que demuestra quién gana y quién pierde en todo este negocio.

"Nosotros mismos somos las víctimas más importantes de la cocaína", dictamina Londona Hoyos, ex-presidente de la "Sociedad Bancaria Latinoamericana", un colombiano que no piensa sólo en los cientos de miles de cocainómanos en Colombia, Perú y Bolivia, sino también en el caos político y social originado por la economía de la coca. Una adicción masiva crea problemas que el sistema sanitario de un país como Bolivia o Malasia, Perú o Thailandia, incapaz de enfrentar siquiera a la mayoría de las enfermedades comunes, en modo alguno puede resolver. No tiene sentido cavilar, ante la miseria general, sobre conceptos terapéuticos. La mayoría de los adictos en Asia o Latinoamérica conoce sólo una forma de terapéutica, que se llama privación forzosa sin ayuda farmacológica ni asistencia médica.

Pero la adicción masiva originó también una forma nueva de criminali-

1 Nuestra riqueza mineral.

dad masiva, que ya había desestabilizado con anterioridad el sistema judicial y ejecutivo de estados industriales altamente desarrollados. En Thailandia, el 57 por ciento de todos los casos criminales, robo y hurto, asesinato y homicidio, está en relación directa con el comercio y la obtención de drogas. La economía de la droga desarrolla, donde entra en competencia con la actividad económica general, subestructuras que, en parte o por completo, dejan sin funcionar el sistema judicial vigente y, sea el que sea, el sistema de división de poderes. Lo sustituye por un sistema de bandas que sigue sus leyes propias y, apoyándose a menudo en el poder de antiguos clanes familiares y jerarquías tribales inamovibles, acentúa su dominio tiránico hasta el más descarado terror. "Fascismo de la droga": así denominó un colaborador de una organización internacional de ayuda el estado de cosas vigente en algunos campamentos de refugiados afganos en territorio pakistano, cuando él y sus colegas los inspeccionaron.

Víctimas de la tiranía de los narcotráficantes en Latinoamérica como en Asia, son todos aquellos campesinos y sus familias, los comerciantes y artesanos, los obreros y jornaleros, que no están en el negocio de la droga; o sea, la mayoría de los más pobres e indigentes.

Sin duda, las drogas aportan dólares. Hasta ahí, va bien. Dólares traen demanda. La demanda hace subir los precios, lo cual ya no está tan bien, ya que la consecuencia es la inflación. Las consecuencias de ésta golpean más a aquéllos que de todos modos no poseen nada. Esto es grave. Pero el comercio de la cocaína y de la heroina no sólo trae billetes al país, sino también toda clase de contrabando que, financiado por los narcodólares, atraviesa las fronteras y llega a los mercados locales de Bolivia, Perú y todos los países donde éstos se mueven. Miserables productos industriales, baratijas fabricadas en países asiáticos de salarios bajos conquistan los mercados locales. El valor de la novedad los hace invencibles en la competencia con los productos autóctonos tradicionales. Todo el sistema económico se desorganiza. Comerciantes pierden su existencia. Artesanos están sin trabajo. La pequeña industria se derrumba.

El estado de prosperidad en las regiones de cultivo e industrialización de la coca, hace recordar la tremenda situación en las ciudades de los buscadores de oro del siglo XIX. Todos los años en la época de la cosecha, un torrente de hombres se pone en movimiento para conseguir cualquier trabajo en las

plantaciones de coca y los laboratorios de cocaína. Hacen de todo sin quejarse, aceptan cualquier condición, trabajan sin protección laboral ni derechos sindicales que rigen en otras ramas de la industria boliviana, si bien tienen que ser conquistados de nuevo una y otra vez. Pistoleros contratados por los barones de la coca, procuran que la producción y el comercio se realicen en perfecto orden.

En las aldeas quedan las mujeres; a menos que también se trasladen a las regiones de la prosperidad, donde tienen la oportunidad de participar en la ganancia de coca-dólares en los prostíbulos. Las condiciones de vida son pésimas, la situación higiénica y la asistencia médica son catastróficas. El trabajo en los laboratorios es en extremo insalubre; el manejo de los solventes y los ácidos en la elaboración de la 'pasta básica', origina dolorosas lesiones de la piel, forúnculos y llagas.

Y por supuesto, todos "se pican". Fuman lo que producen. El consumo de la pasta no refinada destruye los pulmones y las vías respiratorias de los fumadores. Más estragos hacen las enfermedades venéreas, junto a todas aquellas enfermedades debidas al hambre y a la inadecuada alimentación.

Mientras los hombres persiguen el "oro blanco", las mujeres que quedaron en las aldeas hacen el trabajo en los campos huérfanos. Pero su fuerza laboral no alcanza para alimentarse junto a los niños y los ancianos. Lo poco que arrancan del suelo para venderlo, se lo come la inflación. Para poder sobrevivir, las mujeres volvieron al trueque directo: mercancía por mercancía, papas por combustibles, maíz por porotos. "Es una ironía del destino", escribe el etnólogo estadounidense Jack McIver Weatherford, "que los aldeanos de Pocona (la región donde investigaba las consecuencias de la economía de la coca), que desde hace siglos mascan hojas de coca, ya casi no pueden obtenerlas, porque la aldea ya no puede participar plenamente en la economía del dinero".

¿Serán éstos los beneficios de la coca? Los hombres arruinan su salud por el trabajo en los laboratorios y por el consumo de la droga, mientras las mujeres carecen del medio de pago para conseguir, para sí mismas y sus familias, hojas de coca que constituyen el alimento básico que contiene calcio y vitaminas.

No, esta cuenta no sale, salvo que se pretenda identificar los intereses de

la burguesía boliviana y de algunos enriquecidos barones de la coca, con los intereses del pueblo boliviano. Esta cuenta no puede salir, ni en Asia ni en Latinoamérica.

LA CAMPAÑA SOVIETICA CONTRA LA DROGA

La sorpresa fue grande cuando en enero de 1987 un portavoz del gobierno soviético declaró que también en su país existen problemas de drogas y que exceden en gravedad a lo que se había supuesto y confesado. ¿También en la Unión Soviética? No todos ponen aquí un signo de interrogación. Se extrañaron menos los que nunca se habían limitado, en la discusión sobre drogas, a las usadas por los hippies y las llamadas "drogas de la juventud", incluyendo por el contrario siempre el alcohol y los psicofármacos. De esta manera, la Unión Soviética automáticamente se incluía en el problema, ya que el alcoholismo y el abuso de medicamentos son manifestaciones de la vida social cuya existencia, como problemas médicos y sociales, nunca había sido negada.

El abuso de alcohol en las repúblicas septentrionales de la Unión Soviética tiene una larga tradición, que data de la época de los zares. El abuso de medicamentos se registra en todas las repúblicas soviéticas, siendo discutido y criticado públicamente entre los especialistas. Existía y existe, además, en las repúblicas soviéticas centroasiáticas una tradición del opio, que como parte integrante de la vida de aldea nunca se extinguió del todo. Aparentemente, tal tradición tampoco entró en contradicción con el desarrollo de las estructuras socialistas en la aldea. No fue fomentada pero tampoco totalmente suprimida. Una diversión de jubilados en Asia Central.

Pero no se refería a los viejos el Ministro del Interior soviético en su sorprendente declaración que cifraba el número de drogadictos en 46.000. Las cuatro quintas partes de ellos tienen menos de treinta años. Se trata, pues, de

los jóvenes, se trata de habitantes de las ciudades, también en las repúblicas septentrionales y en la capital, Moscú. Se trata de estudiantes de ambos sexos, de jóvenes obreros y obreras, de jóvenes que continuamente cambian de empleos; y se trata, como lo formulaba el Ministro de Interior, de "personas que no hacen nada".

Este "relato soviético sobre la droga" se registró en el ambiente occidental —aunque suene absurdo— con cierta satisfacción, interpretándoselo a menudo maliciosamente como una normalización de la situación soviética. Valdrá la pena, si bien nos llevaría demasiado lejos, analizar en profundidad semejante interpretación de normalidad. Por mi parte, me siento confirmado por esta declaración pública que coincide con lo que siempre observé y supuse.

La estadística habla de 46.000 drogadictos registrados. Surge de inmediato la cuestión por el número de casos no registrados, cuestión que fue discutida con particular intensidad en los medios occidentales. La pregunta es legítima, pero la especulación al respecto tiene también un aspecto cómico. O bien, ésta sociedad está, como los medios occidentales gustan retratarla, totalmente registrada, controlada y dilucidada, y entonces hay que admitir que la cifra de casos no registrados es, si existen, sumamente baja. O bien, es, a pesar de todo, más abierta y permeable que lo que se afirma, y entonces el número de casos no registrados sería más alto. En ambos casos se trata de conjeturas.

Yo no vi mucho de la Unión Soviética. Dos veces estuve en Moscú, una vez en la República Soviética de Lituania. Moscú no me gusta mucho; en general no me gustan las capitales, con la excepción de Roma. Creo, por otra parte, que Moscú es con respecto a la Unión Soviética lo que la ciudad de Nueva York es con respecto a los Estados Unidos. Ambas ciudades son casos muy particulares, que no permiten deducciones con respecto al interior del país respectivo. Mis limitadas experiencias no alcanzan, pues, para apreciar la envergadura del problema de las drogas en la Unión Soviética.

Lo que he vivido, visto y oído en muchas conversaciones con jóvenes soviéticos en el verano de 1985, con motivo del Festival Mundial de la Juventud, no permite una generalización estadística. Por lo menos en Moscú, donde los datos proporcionados por la Municipalidad hablan de 3.500 drogadictos, el número de los no registrados ha de ser considerable. A mí, y como me

consta, también a otros, me ofrecieron háshish varias veces y varios jóvenes, con los cuales hablé del problema de la droga en la ciudad y que me manifestaron ser consumidores, me aseguraron a la vez que nunca fueron descubiertos como tales, no siendo tampoco, en consecuencia, registrados.

Aun no tuve la oportunidad de obtener de expertos soviéticos explicaciones sobre la estadística publicada en enero de 1987. Mis informaciones se basan en datos periodísticos que son siempre inexactos, por la simple razón de no decir nada preciso con respecto a la naturaleza de las drogas y al modo del consumo. Se habla ciertamente de opiáceos, pero también de derivados del cáñamo y en algunos informes también de psicofármacos. Mientras no esté aclarado, si se trata aquí de inexactitudes de la información periodística o de un desbarajuste en las estadísticas soviéticas, yo no quiero ocuparme del aspecto cuantitativo del problema. También las cifras publicadas a mediados del año 1987 sólo acentúan, por lo menos en la forma como son presentadas en los medios occidentales, el caos estadístico. En julio de 1987, el *Neue Zürcher Zeitung* habla de una "creciente venta de estupefacientes en Moscú", sin especificar de qué drogas se trata. Y sigue la nota: "La venta de droga ilegal aumentó en los últimos seis meses en un 42,9 por ciento." ¿Significa que aumentó la venta ilegal de drogas o la venta de drogas ilegales? Y ya comienza la inexactitud. El número de drogadictos registrados en Moscú es, según el NZZ que dice transcribir datos del *Isvestia*, de 2402. Sería un retroceso en comparación con la estadística de enero de 1987. De modo que, mientras la venta de estupefacientes subía, el número de adictos en Moscú habría bajado. Durante el mismo lapso, en cambio, el número total de drogadictos en la Unión Soviética habría aumentado de 46.000 en enero de 1987, a 123.000 en mayo de 1987. Es lo que afirma, en todo caso, el Teniente General V. Pankin, mencionado por el NZZ como "jefe de la policía criminal soviética".

Los drogadictos cometen, según el *Sotsialistícheskaia Industria*, un promedio de 40.000 delitos por año. En esta estadística no están incluídos los delitos relacionados con la destilación ilegal de vodka, surgidos en respuesta a la campaña antialcohólica.

Aunque se duplicara, triplicara o cuadruplicara el número total de drogadictos en la Unión Soviética, no se acercaría al que ostenta sólo la ciudad de Nueva York con sus 50.000 heroinodependientes, sus decenas de miles de cocainómanos, kiffers y consumidores de píldoras. Es lo que puede decirse

con respecto a la extensión cuantitativa del problema en la Unión Soviética.

Mucho más interesante, si bien tampoco ajena a la especulación, es la pregunta por el origen del problema. Espontáneamente surge la comparación con el problema de la droga en países capitalistas. Y como siempre, la comparación de un sistema con otro origina problemas. Pero más allá de todas las diferencias estructurales hemos de constatar, apoyados en conocimientos históricos y estudios antropológicos, lo siguiente: Que existe una necesidad universal de sumergirse en determinadas situaciones, solo o en compañía, mediante sustancias embriagantes o estupefacientes, en un estado emotivo artificialmente creado. Tal necesidad, no la creó el socialismo, ni la pudo abolir, supuesto que realmente haya querido abolirla. Lo decisivo es si una sociedad reconoce esta necesidad o la desplaza y la combate. De esto depende qué camino utiliza un estado al manejar el problema de la droga; de esto depende que un estado corra detrás de la ilusión de una sociedad completamente libre de drogas, o bien que apueste "sólo" a una disminución.

En la Unión Soviética transcurre desde hace unos tres años una campaña antidroga llevada a cabo con gran ímpetu. Y aunque en primer término sólo se dirija contra el abuso del alcohol, debería dejar aclarado si aspira a la moderación o a la abolición total. Pero la campaña no revela su secreto; a mi, por lo menos, no me quedó claro en qué orientación se basa. Parece contradictoria. Es contradictoria. Su lado fuerte es evidente. Su lado débil también. Su lado fuerte está en la fortaleza de un sistema que permite actuar directamente sobre la producción, cuando productos dañinos originan problemas sociales. Por eso, la campaña antialcohólica se inició con reducciones drásticas de la producción. Se hacía escasear las bebidas alcohólicas, se aumentaban los precios, se disminuía la venta. Queda sin aclarar si se aspiraba sólo a una disminución del consumo o a la abolición total.

Los mensajes adicionales de la dirección partidaria y estatal parecen inequívocos. Sus miembros aparecen en público como totalmente abstemios y amantes de aguas minerales. Abolición total, pues. Pero se habla también de una reorientación de la producción, que busca no sólo obtención de aguas minerales y de jugos de frutas, sino también un aumento de la producción de bebidas de bajo contenido alcohólico como cerveza, vino y champaña. ¿De modo que disminución?

¿Quién no conoce los relatos de viajeros en delegaciones, de comerciantes o turistas, que de casualidad caían en una de las orgías alcohólicas rusas

y que, como bebedores moderados, fueron sorprendidos, avasallados y a veces directamente violados por tales costumbres? La desaparición o mejor dicho la extinción de aquellos rituales machistas sólo puede ser considerada como un extraordinario progreso social. Quien trabaje en tal dirección, ha de tener grandes propósitos. Sin un análisis radical y decidido de las causas, nada puede lograrse en este terreno. En ello estriba el lado débil de la campaña. Tiene rasgos represivos, puesto que aspira a una modificación de la conducta, sin haber previamente analizado las causas del alcoholismo y del abuso de drogas, ni encarado las soluciones. Disminuciones de la producción y trabas a la venta son experimentadas por la gente, si falta la comprensión de su sentido, como chicanas que serán enfrentadas por un aumento, ciertamente agotador y molesto, de la energía empeñada en la obtención. La campaña, en su aspecto subjetivo, no tiene más que exhortaciones para ofrecer. Esto es, a largo plazo, insuficiente y cuesta demasiado esfuerzo; pues ¿por qué justo la moral del alcoholista se modificaría antes de la moral en general?

Del éxito de la campaña antialcohólica depende el éxito de la reestructuración social que se busca, y del éxito de la reestructuración el de la campaña. Yo en Moscú, durante las discusiones a veces muy violentas sobre la exclusión del alcohol del Festival de verano del 85, no tenía siempre la impresión de que los más entusiastas partidarios del programa abstemio tuvieran conciencia de todas las dificultades y de todas las contradicciones que la campaña haría aparecer todavía.

Los resultados provisorios publicados hasta ahora son, en consecuencia, tan contradictorios como multifacético es el problema. Demasiados pasos han de ser planeados y coordinados entre sí: el manejo de las causas objetivas del abuso de drogas, el esclarecimiento de las consecuencias, el trabajo de educación que ha de originar a largo plazo modificaciones de la conducta; también la presión moral y, por supuesto, la orientación de la producción. Un proceso delicado y difícil de timonear. Si se concretan, por ejemplo, las modificaciones de los hábitos de consumo más lentamente que la disminución de la producción, ello constituye un estímulo para los fabricantes ilegales y para el mercado negro, que tratarán de llenar el vacío originado. Esto era previsible y así sucedió. Por un lado, retrocedió en un 25 por ciento la venta de vodka hasta fines del año 1985, bajando otro tercio durante la primera mitad de 1986. La Oficina Central de Estadística de la URSS comunica un

retroceso de la mortalidad en un 15 por ciento, interpretando tal retroceso co-
mo el resultado de la lucha contra el alcoholismo. También la estadística de
los accidentes muestra una tendencia descendente: otro éxito de la campaña.
Disminuyó también el número de delitos graves bajo el efecto del alcohol.
Aumentó, en cambio, el número de delitos relacionados con la droga. Des-
de el comienzo de la campaña, 200.000 personas fueron penadas por fabri-
cación ilegal de bebidas alcohólicas. Hasta marzo de 1987, casi un millón de
alambiques fue confiscado y más de mil notorios fabricantes ilegales fueron
arrestados. Más de 200 personas sufrieron en los últimos dieciocho meses in-
toxicaciones mortales por ingestión de licores metílicos. Ultimamente, en al-
gunas regiones se recurre a bajar la provisión de azúcar. También se hicie-
ron más rigurosas las penas por la fabricación ilegal de "samogón", que sig-
nifica "de destilación propia" o "hecho en casa". En caso de reincidencia, se
prevén multas hasta un valor de casi 1.000 dólares, y privación de libertad con
fines de reeducación.

Se trata de las consecuencias clásicas de la prohibición; si bien no que-
remos decir que la campaña antialcohólica de la Unión Soviética se reduz-
ca a la prohibición. Todas las experiencias históricas —también de la histo-
ria del movimiento obrero— hablan en contra de la prohibición y a favor de
la moderación.

La renovación y reestructuración buscada de la sociedad soviética depen-
de, pues, también de la solución del problema del alcoholismo, lo cual pro-
porciona a la campaña su peso de credibilidad. El alcoholismo es y sigue sien-
do, en cuanto a drogas, el problema número uno de la Unión Soviética, si bien
ahora las drogas del opio y del cáñamo originan nuevos problemas adiciona-
les. Pero lo que vale para el alcoholismo vale también para todas las demás
drogas. Medidas administrativas, disposiciones jurídicas y argumentos de
orden moral, sólo conducen a éxitos falaces y poco duraderos en la lucha con-
tra la toxicomanía y la drogadicción. La tendencia al uso de drogas tiene cau-
sas objetivas, entre las cuales con seguridad está también el compromiso bé-
lico del Ejército Rojo en Afganistán. Ahí se confirma otra ley propia de la e-
conomía de las drogas. Todas las guerras de la Edad Moderna iban acompa-
ñadas por un aumento del consumo de estupefacientes y por la introducción,
en los países beligerantes, de drogas nuevas, a menudo ajenas a la cultura pro-
pia. Por lo menos el mercado de háshish en Moscú debe su existencia y su a-

provisionamiento a la guerra de Afganistán. De acuerdo con las informaciones que poseo, tal aprovisionamiento se efectúa ante todo por el comercio hormiga de soldados que vuelven. No hay pruebas de un tráfico organizado.

Pero también el aspecto subjetivo del problema, o sea la predisposición y la necesidad de tomar drogas, ha de estar estrechamente relacionada con la guerra de Afganistán. Ahí muchos jóvenes ciudadanos soviéticos no sólo experimentan los horrores de una guerra, sino que se confrontan con una tradición relacionada con drogas que antes desconocían. (Esto vale ante todo para soldados procedentes de las repúblicas soviéticas septentrionales). La ansiedad y el horror originan, como también el dolor, una necesidad de aturdimiento. Lo experimentaron en su momento en Vietnam los jóvenes americanos de manera análoga a como hoy sus coetáneos soviéticos en Afganistán.

Con respecto a los multifacéticos motivos del consumo de drogas, el Ministro del Interior soviético, al dar a publicidad sus estadísticas, sólo proporcionó datos vagos. Falta de orientación espiritual, condiciones lábiles de vida y falta de ofertas para el tiempo libre, tal vez sean causas plausibles. Pero una radical búsqueda de motivaciones ha de ir más al fondo. También las conflictivas relaciones familiares, el trabajo alienado, los trastornos de la vida sexual y la doble moral en materia de sexo, son considerados por los investigadores a nivel internacional como factores que favorecen la adicción, y no hay razón para suponer que no tienen validez para la Unión Soviética. Tal vez sean éstos los factores englobados en el rubro de "condiciones lábiles de vida".

Quien haya tenido, aunque sea una sola vez, la oportunidad de hablar con jóvenes soviéticos, no podrá dejar de ver, por más terco y prejuicioso que sea, cuán profundamente arraigada está en ellos la ansiedad con respecto a la amenaza existente, ansiedad que después de Chernobyl se acentuó más aún; y en qué medida y con qué seriedad su pensamiento se concentra en la paz. En este aspecto, su sentimiento vital marcado por "condiciones lábiles de vida" se diferencia poco del de la juventud de los países capitalistas. Tal vez con la diferencia de que en la Unión Soviética hay más personas que, por ejemplo, en los Estados Unidos, que hayan comprendido la seriedad de la situación. Pero conste que eso no lo digo como constatación objetiva, sino como una impresión subjetiva mía.

Pero a pesar de todos los paralelismos y de muchas coincidencias, se di-

ferencia sustancialmente el problema de los opiáceos en la Unión Soviética de los problemas de la cocaína y de la heroína en los países capitalistas. Y no sólo por su menor extensión. (Dejo de lado aquí el problema de las drogas de cáñamo; no sólo porque sobre su envergadura poseo pocos conocimientos, sino también porque considero sus consecuencias, comparadas con las del problema del alcohol, del opio y de los psicofármacos, como de menor gravedad).

"El problema de la droga es, en las sociedades capitalistas, un problema del orden social. Sólo ahí existe un interés de fabricar y de difundir la droga con el fin de obtener el máximo beneficio". (*Adicción, Ganancia, Adicción*, 1984). Un interés que, de acuerdo al criterio capitalista, es legítimo, agregaría yo ahora, un interés que coloca siempre la utilidad social del producto por detrás del objetivo de obtener el máximo beneficio.

También en la Unión Soviética existe un mercado de drogas que funciona como cualquier otro mercado. No es significativo si la oferta estimula la demanda, o la demanda a la oferta. Hay demanda, hay oferta y hay, por lo tanto, un mercado. Pero el objetivo de obtener beneficios privados mediante la fabricación y difusión de productos que son, lo que se agrega como agravante, socialmente dañinos, tal objetivo está, en principio, reñido con los objetivos de la economía socialista. Los protagonistas del mercado son considerados y tratados como criminales; siempre que sean descubiertos.

El comercio soviético de drogas tiene lugar dentro de un mercado interno, que incluye ahora también a Afganistán. No está, pues, a diferencia por ejemplo del mercado de Holanda, de la República Federal de Alemania, de Suiza o de los Estados Unidos, acoplado al mercado internacional de la droga. Porque ahí se factura en dólares, se cobra en dólares y todas las transacciones financieras se realizan en base al dólar. Mientras sea así —y será así mientras el dólar sea la moneda-guía capitalista y el rublo no sea convertible en el mercado capitalista— el comercio soviético de la droga quedará limitado al mercado interno.

De acuerdo con los hallazgos de pesquisas soviéticos, el mercado ilegal del opio obtiene su materia prima exclusivamente de fuentes soviéticas. Más de doscientas empresas agrícolas se ocupan en la Unión Soviética del cultivo de amapola. Ellas provéen legalmente, dentro de la planificación general, a la industria farmacéutica de opio bruto, producto inicial para la fabricación

de medicamentos. El desvío de opio bruto al mercado ilegal fue el resultado de un caso clásico de planificación equivocada, y también el resultado de actividades criminales de algunos dirigentes partidarios y estatales. Mientras por un lado los planificadores disminuían el contingente de opio bruto destinado a fines farmacéuticos y bajaban el plan de cosecha de amapola en un cincuenta por ciento, "se olvidaron" de disminuir paralelamente las superficies de cultivo. La consecuencia fue una sobreproducción, una sobreoferta. Este aspecto del problema podría, igual como el problema del alcohol, ser resuelto mediante medidas de planificación, sin que por ello sea abolida la "demanda" de los adictos de un día para otro. El problema quedará vigente a corto, mediano y largo plazo.

¿Por qué esta excursión a la Unión Soviética, si se trata aquí de la política del gobierno estadounidense con respecto a la droga? Yo quiero establecer una relación, si bien no puedo comprobarla. Llama la atención, que Reagan exhorte a la cruzada contra la droga, después de haberse puesto en movimiento Gorbachov para enfrentar el alcoholismo en la sociedad soviética. El orden de sucesión cronológica podría ser casual; pero la orientación de Reagan en política internacional está tan rígidamente fijada en la rivalidad entre los dos sistemas, que prácticamente toda la actividad política se encara desde el punto de vista de la utilidad estratégica, debiendo ser entendida en tal sentido. La campaña de Reagan sirve al "rearme moral" de los Estados Unidos; sirve a los partidarios de su "mayoría moral"; pero procura asimismo un enderazamiento del frente interno, ya que el problema de la droga toca la seguridad de los Estados Unidos. Esto es inobjetable.

NATIONAL SECURITY

Ahora, por fin, sucedió. Un escándalo relacionado con la droga en Wallstreet. Tenía que suceder tarde o temprano, y si aún los gallardos detectives en "Miami Vice"[1], "cocsópera" confeccionada en base al actual "boom" de la droga en los Estados Unidos, preguntan en voz alta, quiénes están detrás del asunto, reciben una respuesta, pues no se trata de ningún secreto. El guión de "Miami Vice" tampoco elude el bulto. A cortar la acción, pues. Un traficante de pocos escrúpulos con un fino traje gris explica en pocas palabras los fundamentos de la política financiera en Latinoamérica. Un dólar es un dólar. Un narcodólar también es un dólar. Para el balance, todos los dólares son verdes. That's it.

Al tipo del traje gris, lo encontré por otra parte también en el subterráneo de San Francisco. Con el obligatorio portafolio y con un fondo que simbolizaba Wallstreet. Era un affiche pegado en la pared. Con la siguiente inscripción: "el típico cocainodependiente".

Que la pista de la cocaina conduce desde Silicon Valley, cruzando el continente, directamente a Wallstreet, es archiconocido en los Estados Unidos, y apenas llamaría la atención si fuera mencionado por los medios. Pero lo que tomó carácter público en abril de 1987, "superó ampliamente el poder de inventiva del mejor guionista de Hollywood". Tal fue la opinión del diario *Frankfurter Rundschau*. El comentario del escándalo que sacudió "el centro financiero del oeste" apareció en la sección económica. Pero sólo las metáforas del suplemento literario lo pudieron caracterizar cabalmente. Los periodistas, simplemente, no consiguen interpretar ni describir el narcotráfico

1 El vicio en Miami.

como una actividad económica cotidiana y normal. Por eso me atrevo a citar lo que dije en *Adicción, Ganancia, Adicción* (1984):

"No hay capital legal ni capital ilegal. Sólo existe el capital que, para lograr su crecimiento, utiliza en diferentes momentos diferentes métodos, oscilando permanentemente entre la legalidad y la ilegalidad."

Más de cien detenciones hasta el momento, no sólo por consumo, sino también por comercio de cocaína. Esto pega fuerte y sacude las oficinas de Wallstreet. "Más de un récord bursátil de los últimos tiempos adquiere entonces otro cariz" escribe el comentarista del *Frankfurter Rundschau*, pensando en los pequeños inversores, pues "ciertamente muchos de los que ahora fueron arrestados, administran el dinero de honestos y confiados inversores, que sin duda no quisieron entregar sus ahorros al cuidado de narcotraficantes ni narcoconsumidores".

Yo por mi parte pensaba, como siempre al oir el informativo de la bolsa, más bien en los campesinos de la pequeña aldea mejicana en la cual había vivido durante varios meses. Sobre su destino deciden, en las bolsas del trigo y del café y en los mercados financieros de las metrópolis, agentes de cambio drogadictos y especuladores picados. Pero no me opongo a que dediquemos también un minuto de evocación al "pequeño inversor" de Nueva York, Tokio, Londres, París o Fráncfort. El también es estafado cuando la bolsa comienza a dar tumbos y los "insiders"[2] empiezan a intercambiar sus informaciones. La propia Bolsa es el escándalo.

Tienen por cierto un serio problema los yanquis. Un país ha de haber caído bastante bajo, si su presidente mea, si bien no en los pantalones, en un tubo de ensayo, exhortando a la nación a que lo imite. "El Presidente dejó claramente establecido que quiere un empleo sin drogas para todos los americanos", manifestó su portavoz comentando la acción mingitoria de la Casa Blanca. Y comunicó asimismo, que a todos los empleados y colaboradores del estado a nivel nacional o provincial, se les invitó formalmente a que se sometan a un test. Por supuesto sobre la base de la voluntariedad. Quien se niegue, claro está, deberá aceptar que su nombre sea anotado. Desde entonces, centenares de miles de personas en los Estados Unidos son sometidos a las pruebas; no sólo empleados públicos, sino también los colaboradores de los trusts electrónicos y de los medios, los empleados de las empresas de transporte, de la industria automotriz y, por supuesto, los integrantes del e-

2 "Insiders": Los de adentro, los entendidos.

jército. Los estudiantes secundarios y universitarios, por el momento, no se incluyen en la lista, posiblemente por razones económicas. Hasta el momento, los gastos de los tests se calculan en 200 millones de dólares anuales. Un negocio rentable. Sólo el ejército ya asegura 50 millones de dólares.

Firmas como "General Electric" o "Eastman Kodak", desde octubre de 1986, someten al test a todos los que buscan un empleo. Las organizaciones de derechos civiles y los sindicatos estiman que un tercio de los quinientos trusts más grandes de los Estados Unidos practican este test junto al hemograma, así como anualmente pruebas selectivas entre sus empleados. La industria privada, pues, no sólo aceptó de buen grado la sugerencia de Reagan, sino que también aprovecha el test y sus resultados como un medio apropiado para restringir la cantidad y definir la composición de su cuerpo de empleados.

Mientras en el servicio estatal los que se niegan a someterse al test "sólo" se anotan, "Eastman Kodak" amenaza con el despido a todos los reacios. Y mientras el estado da a los que tienen el test positivo una segunda oportunidad, las empresas industriales anuncian que despedirán inmediatamente a sus empleados y obreros que incurran en tal falta. La justicia laboral tendrá mucho trabajo en los próximos años. Ya existen fallos que consideran inconstitucional todo aquel procedimiento de los tests, coincidiendo con las organizaciones de derechos civiles y los sindicatos, que sostienen que un control sistemático de la esfera privada del ciudadano constituye una contravención al principio de la suposición de inocencia.

Comprobar la existencia de drogas en la sangre o la orina es complicado, y el test, en consecuencia, bastante caro. Se vislumbra un negocio de miles de millones, si la industria entra de lleno testando sistemáticamente su cuerpo de empleados y haciendo depender los nuevos empleos del resultado de los tests. No resulta extraño que las firmas farmacéuticas que tienen tests para ofrecer, pugnen por entrar al mercado. Tal cantidad y tal puja puede fácilmente comprometer la precisión y en consecuencia la validez de los tests. Los farmacólogos temen por lo tanto decisiones erróneas y despidos injustificados. De la misma manera argumentan los abogados de las víctimas de los tests, que en sus gestiones cuestionan los métodos y las interpretaciones. Se abre un amplio campo a los especialistas en derecho laboral.

En cinco millones estima la DEA, autoridad encargada del control de la drogadicción en los Estados Unidos, el núcleo estable de cocainómanos em-

pedernidos. La franja de los que accidentalmente consumen cocaína, se estima en veinte a treinta millones. Hay que imaginarse esto, y hacerlo conciente una y otra vez para comprender por qué los expertos en seguridad no sólo del ejército, sino también de las industrias privadas sensibles al peligro dan la voz de alarma. Hay que imaginarse esto, y no se debe olvidar que la cocaína es sólo una de las tantas drogas que se consumen. A diferencia del alcoholismo, cuyas víctimas se ven tambalear por las calles de Nueva York o de San Francisco, a diferencia también del problema de la heroína que no puede pasar desapercibido en las grandes ciudades, el problema de la cocaína, si bien está presente por doquier, es invisible. Quien busque "la escena" debe bucear en el ambiente de las capas superiores de la clase media —en este caso "black and white together"[3]. Debe entrar en el mundo de los ejecutivos medianos, debe llegar a los talleres del ramo de los shows y a las arenas del deporte profesional, y husmear en los departamentos de los "ateliers" de la propaganda comercial y de la moda. Por año nace medio millón de bebés, cuyas madres por lo menos una vez durante el embarazo bombearon cocaína a través de su aparato circulatorio. Una mujer joven, junto a la cual yo vi el programa de noticias del CBS, al oirlo palmeó su panza de ocho meses y dijo secamente: "Half a million plus one."[4]

Sí, tienen un serio problema los yanquis. En un lapso de tres años, entre 1983 y 1985, las fuerzas armadas se vieron obligadas a dar de baja a más de 60.000 de sus integrantes por abuso de drogas: "Koksers", "Kiffers" e incluso "Fixers". El ejército como brazo armado del ámbito de la droga.

Al doce por ciento de los soldados yanquis estacionados en el mundo, se los considera alcohólicos "graves"; y a no menos del treinta por ciento, alcohólicos "moderados".

Dentro de los Estados Unidos, el número de alcohólicos aumentó en el curso de cinco años, en un cuatro por ciento, llegando a doce millones.

En las usinas atómicas, el riesgo residual y el alcohol residual se condicionan y estimulan mutuamente. Problemas de droga hay en todas, repito, en todas las empresas nucleares de los Estados Unidos, como lo prueba un estudio de seguridad publicado a principios de 1987.

Football, baseball y boxeo; el deporte estadounidense se transforma en ámbito de drogadicción.

3 Negro y blanco juntos.
4 Medio millón más una.

El cine, la radio y la televisión. Hollywood se encuentra en un estado de intoxicación cocaínica aguda.

Las anfetaminas, los alucinógenos y los tóxicos sintéticos están en la ofensiva.

Sí, tienen un serio problema los yanquis. El país se hunde en la criminalidad y la corrupción. El submundo llegó a ser una "industria" con un balance anual de cien mil millones de dólares. Junto a la prostitución y los juegos de azar, el comercio de la droga constituye la principal fuente de ingresos. Sin pagar impuestos, se entiende.

"Cómo la cocaína corrompió una ciudad" es el subtítulo de un reportaje publicado en la revista *Rolling Stone* sobre la capital del estado de Florida. La redacción había enviado a Miami, en el verano del 86, al periodista Pete Hamill, para que investigue un caso de corrupción policial. Hamill tuvo éxito en más de un caso. Cabe preguntar por cierto, si el término corrupción refleja con propiedad lo que el periodista halló en la punta meridional de los Estados Unidos. La corrupción presupone un sistema jurídico y económico vigente, cuyas normas se quiebran. Pero si las normas del sistema son idénticas a las de la corrupción, la diferencia deja de tener sentido. El sistema funciona corrompidamente y la corrupción se concreta sistemáticamente. "La droga es para Miami, lo que el automóvil es para Detroit", escribe Hamill en el prólogo de su reportaje. "Como el opio para algunos británicos en el siglo XIX, la cocaína fue el instrumento de la acumulación de grandes fortunas en Miami. Narcotráficantes construyeron centros comerciales, financiaron la construcción de viviendas y enormes edificios; entraron en el negocio del juego, pagaron yates, automóviles y otros requisitos del status; fundaron bancos y los manejan (algunos investigadores creen que no existe ni un solo banco limpio en todo el estado de Florida); se plantaron en el centro mismo de la vida, de manera que nadie jamás podrá distinguir dinero limpio del blanqueado".

En la cocaína se basa la estructura del poder en la región. La cocaína es la correa de transmisión de la economía: "El negocio de la droga es una empresa americana de mucho éxito", resume Hamil. Miami es la metrópoli financiera y administrativa. Florida es la pista de arribo. A través de aeródromos secretos y muelles ocultos, se importa el 75 por ciento de toda la cocaína que llega al mercado estadounidense.

Más al oeste, cruzando el Golfo de México, en la región de Laredo se estableció mientras tanto una pista de relevo, sobre la cual, como estima el *Time*, se efectúa hasta un tercio del comercio de marihuana, heroína y cocaína de los Estados Unidos, cuando Florida está "cerrada". Mediante el tráfico-hormiga se introducen a veces hasta quince toneladas de marihuana y mil kilos de cocaína por semana a Texas sobre el lomo de burros de carga humanos. Parte de la mercancía se introduce también en vuelos directos desde Centroamérica, aterrizándola o tirándola de los aviones. La desocupación y la inflación hicieron caer drásticamente los tradicionales negocios fronterizos entre México y los Estados Unidos, pero los negocios bancarios y los depósitos bancarios en la región fronteriza aumentaron muy por encima del promedio. Los especialistas estiman el movimiento anual de las empresas blanqueadoras americanas en 75.000 millones de dólares. Se blanquean, junto a los narcodólares, también las ganancias obtenidas de otros negocios ilegales. Pero las del negocio de la droga en combinación con el tráfico de armas exceden a todo lo visto hasta ahora.

El ocho o nueve por ciento de todo el comercio mundial se basa en las ganancias obtenidas por el narcotráfico, estima el Fiscal suizo Paolo Bernasconi, quien actuaba como gestor de la acusación en el juicio Conexión-Pizza. Investigando los contratos internacionales, pudo constatar que grandes bancos que operan a nivel mundial participan en transacciones de narcodólares. Un reconocimiento que sólo por una razón es digno de ser mencionado: porque proviene de un sector del ambiente bancario que hasta entonces había negado rotundamente la existencia de tales relaciones.

Varios cientos de millones de dólares, según Bernasconi, se transfieren a Suiza, donde se depositan, se intercambian y se pasan a cuentas ajenas: "Este dinero ha de ser administrado, ocultado y limpiado de los rastros que conducirían hacia los criminales responsables." Bernasconi ve, ciertamente, posibilidades de obstruir y dificultar la acción blanqueadora mediante vallas legales. Una posibilidad de impedir todo el programa blanqueador, no la ve. "Los productos cambian, las drogas se relevan unas a otras en verdaderas olas. Pero los intereses y las causas son siempre las mismas. No existió ni existe ninguna ola de la droga. La ondulación de la droga es una ondulación permanente." (Günter Amendt: *Adicción, Ganancia, Adicción.* 1984).

La llamada "ola-speed"[5] tampoco apareció como una marea repentina;

5 "Aceleradores"; derivados de la anfetamina.

creció lentamente, golpe tras golpe. Como sustancia de consumo la cocaína tiene, comparada con las drogas derivadas del opio, una historia relativamente breve, pero muy intensa, que alcanzó su primer apogeo en la tercera década de este siglo. Desde entonces la droga está a disposición del mercado, llevando siempre a remolque un mercado paralelo de medios excitantes baratos, habitualmente sintéticos, para el consumo masivo. Los fármacos excitantes permanecieron fieles a su fama de ser "las drogas de las guerras y de las crisis" (*Adicción, Ganancia, Adicción*, 1984). Así, el renacimiento de la cocaína, como lo experimentamos hoy, es lógico. Sigue las leyes del mercado, cosa que también hace el boom de los viejos y nuevos medios excitantes para el consumo masivo.

El "redescubrimiento" de la cocaína ya se inició, en la República Federal de Alemania, en la década del sesenta. Pero de un mercado considerable sólo se puede hablar desde mediados de la década del setenta, cuando la cocaína resultó la droga de status de las capas medias acomodadas. Hoy la cocaína se considera, en Europa y en los Estados Unidos, droga de la calle; es decir, que no hacen falta conexiones especiales para obtenerla. El "pasador" la tiene en su lista de oferta. También para el monedero chico tiene preparado tal cual o cual "speedtrip"[6].

En su evolución hasta ser droga de la calle, la cocaína experimentó un deterioro de su precio. Después de algunos altibajos, se estabilizó entre los 80 y 100 dólares el gramo. El deterioro del precio no puede ser determinado con exactitud, puesto que siempre el comercio minorista potinguea, mezcla y "ennoblece" cualquier droga, que de alguna manera puede ser estirada, hasta hacerla irreconocible.

Ya era así hace cuatro años, cuando el precio era el doble. "Lo que hoy se comercia en la calle, muchas veces ya no tiene nada que ver con cocaína. El comprador callejero está bien servido si logra comprar una mercancía que la contenga en un doce por ciento." (*Adicción, Ganancia, Adicción*). El resto lo forman diluyentes inactivos o bien anfetaminas superactivas.

El comercio de anfetamina cruda llevó al mercado de la droga un producto, para el cual por cierto ya existía demanda con anterioridad, pero en general sólo como producto intermedio para su elaboración ulterior. Actualmente, también los consumidores finales piden anfetaminas. Un hecho que también la justicia tiene en cuenta. Un delito grave contra la Ley de Estupefacien-

6 "Trip", o sea, viaje, como denomina la jerga el "traslado" mediante la droga.

tes existe por ejemplo, según la concepción de la Corte Suprema de Suiza, "cuando la contravención se efectuó con una cantidad superior a los 36 gramos de anfetaminas". La justicia se orienta en este caso por un principio empírico que internacionalmente se considera objetable, pero que es aceptado también por juzgados germanooccidentales. El potencial de peligro de cocaína y anfetamina se establece en una relación de 1 a 2. En un fallo de la Corte Suprema de 1983, los jueces suizos fijaron la cantidad que define un caso como "grave", en 18 gramos de cocaína. De modo que la cantidad mínima de anfetamina debió ser fijada en los 36 gramos, de acuerdo con aquel cálculo arbitrario que fija la peligrosidad de las anfetaminas en la mitad de la de la cocaína.

El "speedboom"[7] actual no sólo obliga a la justicia de los países consumidores a una adaptación de su jurisprudencia. Desorganiza asimismo la estructura internacional del mercado, obligando al capital de la droga a hacer nuevos cálculos con respecto al riesgo. Todos se lanzan al negocio de la cocaína: las ganancias que ahí se vislumbran son irresistibles.

Cuando yo en 1983 seguía, en la costa oriental de los Estados Unidos, las huellas del "angeldust"[8] (PCP), droga que entonces estaba de moda, tropecé continuamente con "pasadores" de marihuana que buscaban clientes. Actualmente, agosto-septiembre de 1986, escucho en la costa occidental —una de las más importantes regiones de cultivo de la marihuana— sólo quejas sobre la mala situación en cuanto a la oferta. Un antiguo conocido, ex-GI[9] que se había quedado pegado unos años en Fráncfort y a quien yo recordaba como el rey de la marihuana porque en su reino la materia nunca se acababa (tampoco ahora después de haberse trasladado, llevándose su experiencia mercantil, a San Francisco), me confirmó el estado de escasez, considerándolo sin embargo como pasajero. Por eso, él tampoco quiso hablar de una crisis de la marihuana, a pesar de existir paralelos con la situación de fines de la década del sesenta, cuando el capital de la droga se pasó a la heroína y el mercado de la marihuana transitoriamente se derrumbó.

También ahora, por pasarse el capital a la cocaína, la escasez se hace notar. La agencia UPI comunica en diciembre del 86 un aumento del precio en

7 "Speed": aceleración.
8 "Polvo del ángel" (PCP). Droga sintética de efecto tranquilizante.
9 Policía militar.

un 50 por ciento. Todo eso sucede en un mercado de miles de millones de dólares. La marihuana, por cierto, está sujeta a las oscilaciones de precio como cualquier otra mercancía. Pero como droga cotidiana la yerba se estableció en los Estados Unidos hace mucho. Y como siempre en caso de escasez, se llena el vacio con productos de cultivo propio, hasta que la apetecida planta latinoamericana se consiga de nuevo a un precio razonable.

Naturalmente, los altibajos en el mercado de la marihuana favorecen el comercio de la cocaína. Muchos consumidores toman lo que el mercado les ofrece. En particular los principiantes —se estima su número en 5.000 por día— aceptarán de buen grado el polvo cristalino, si es lo único que se les ofrece.

Los comerciantes que calculan la oportunidad de venta y quieren saber cuánto da el mercado, pueden partir del hecho de que el núcleo estable de los cocainómanos consume por nariz hasta diez gramos en una semana. Pero no en forma fija. Dos gramos como ración diaria se soportan fácilmente, siempre que puedan solventarse. En esto, la cocaína se diferencia en su efecto de otras drogas. La dosis depende más del poder económico del consumidor que del límite de su aguante físico y psíquico. Aumentos de dosis hasta cinco, seis y siete gramos por día son posibles y pueden ser soportados durante días o semanas, sin que el consumidor patine o caiga en un irremediable círculo vicioso de adicción.

Si bien a los encargados de asuntos de droga y a los expertos en adicción no les agrada escucharlo, debe ser dicho, sin embargo, —también para comprender qué papel juega el "crack" en el concepto de la campaña antidroga del gobierno estadounidense— que el consumo de cocaína no origina dependencia física.

Esto no quiere decir que el consumo intenso y permanente de cocaína carezca de consecuencias. Pero las consecuencias económicas suelen preceder a las psíquicas y físicas. Los consumidores abandonan, porque ya no pueden soportar las deudas que hicieron para solventar su consumo de cocaína. Pero la mayoría de los consumidores se provee de acuerdo con sus posibilidades materiales. En la típica carrera del consumidor de cocaína, alternan fases de consumo con fases de abstinencia. Quien logra manejar este equilibrio es a menudo capaz, a veces por años, de timonear su consumo sin llamar la atención.

No pretendemos bagatelizar las consecuencias físicas y psíquicas del consumo de cocaína. Muchos consumidores se intoxican adicionalmente con sustancias como el alcohol, la heroína y los psicofármacos en combinación con la cocaína, para salir de estados depresivos, enfrentar una paranoia o escapar de una psicosis. También infartos de miocardio o hipertensión que origina la muerte, son mencionados por los médicos una y otra vez en relación con la cocaína. Pero son excepciones que, a diferencia del "tiro dorado"[10] del "fixer" de heroína, a menudo ni siquiera son vinculados directamente con el consumo de cocaína. Según la conciencia de los consumidores, la cocaína no es una droga mortal, sino una droga de rendimiento y de estímulo, cuyo consumo es controlable. Y las oportunidades de mercado de una droga son determinadas por la conciencia subjetiva de los consumidores, y no por la clasificación hecha por los expertos.

10 **"Tiro" llaman en muchas regiones a la inyección de heroína. "Tiro dorado" se llama a la inyección que resulta mortal, generalmente a causa de un error de dosis.**

CRACK

"Turn on - tune in - drop out"[1]. ¿Se acuerdan? San Francisco tenía, en la década del sesenta, fama de ser el supermercado de drogas de los Estados Unidos. De California partió también aquella "ideología de la droga" que definía su consumo como un acto que amplía la conciencia. El inobjetado gurú y profeta de aquella "generación LSD"[2] fue Timothy Leary. Predicaba una "política del éxtasis" y prometía a todos los que lo acompañaran en su excursión, una ampliación de la conciencia.

Hasta hoy se ignora quiénes pagaban al profeta del LSD. Pero sería otro tema. Del "California dreaming"[3], en todo caso, no quedó mucho. Hoy se busca aumento de rendimiento y planificación de carrera, el "power trip"[4] bajo el efecto de los fármacos. Las casas de crack son los templos de esta generación de los que tienen codos para abrirse camino.

Y ahora a prestar atención: la cosa está "heavy"[5]. Nos trasladamos al "high crime district"[6] de San Francisco y entramos a una "crack house"[7]. Media luz, ruido apagado, aire enviciado, consumidores jóvenes. Centroamericanos, asiáticos, negros y blancos, todos muy jóvenes y todos varones. Están tirados sobre desgastados sillones y sobre colchones podridos. Delante de ellos, un cilindro de vidrio que funciona como un narguilé. Fuman. El crack se fuma. La droga va a través del pulmón directamente a la corteza cerebral.

En el zaguán, la actividad es más agitada. Ahí no se consume, ahí se comercia. La clientela acude atropellando.

¿Existe esto realmente? Parece la antigua China. ¿Es posible acaso tolerarlo?

Precisamente. Por eso el gobierno de los Estados Unidos presiona a los países productores, amenaza con la intervención militar y anuncia sanciones económicas. Por eso los pesquisas yanquis operan en el extranjero. Y por eso se realizó la acción militar en Bolivia. Si los narcotraficantes pueden, desfachatadamente, ofrecer su mercancía en nuestras ciudades; si llevan a nuestros hijos a casas que recuerdan las cuevas de opio chinas; entonces alguna reacción tiene que haber. ¿Comprenden Uds. ahora, por qué el gobierno tenía que actuar en Bolivia y en Colombia, en México y en Perú, en Panamá y en Costa Rica? Sólo Cuba y Nicaragua se sustraen a su alcance. ¡Todavía!

He de confesar que copié esta descripción de una "crack house" de diarios y revistas. Yo nunca entré a ninguna. Tampoco hubiera sido fácil buscarlas en serio; porque se trata aquí, a la vez, de una descripción realista y de una desmedida exageración. "Todo lo que algún cerebro en este país puede inventar, existe también en este país", me dijo un activista social en Oakland. "De manera que existen también casas de crack, donde el producto se sirve en la mesa y se consume ahí mismo."

Pero se trata de folklore, como casi todo lo relacionado con el crack. No lo olvidemos: somos testigos y participantes de una campaña, pero también somos sus víctimas, si aceptamos sin reserva ni control lo que unos estrategas de propaganda altamente calificados pretenden hacernos tragar.

Todos los enfoques televisivos, todos los anuncios y artículos son preparados y redactados por periodistas versados en campañas, de manera tal que ha de surgir la idea de que se trata de noticias novísimas. En realidad, crack y casas de crack son sólo el producto del desarrollo de costumbres de consumo y técnicas de venta conocidas desde hace años en el escenario de la he-

1 Turn on - tune in - drop out: Conectar, ajustar, desconectarse. Especie de filosofía vital del "profeta de la droga" yanqui, Timothy Leary. Indicación para el uso del ácido lisérgico (LSD).
2 Acido lisérgico.
3 California dreaming: ensueño californiano. California, en los años sesenta, tenía fama de ser el paraíso de la droga. "California dreaming" es el título de una canción. En sentido figurado significa "desconectarse" y protestar contra la "moral burguesa".
4 "Viaje al poder". Sensación de poder por medio de drogas.
5 Pesada.
6 Barrio del gran crimen.
7 Casa de crack.

roína y de la cocaína. Desde hace mucho tiempo se practica la transformación de los cristales blancos, pulverizados, que habitualmente se aspiran por la nariz, en una sustancia fumable. Este proceso se llama "freebasing". El procedimiento utilizado para producir crack es, a diferencia del freebasing, menos arriesgado, lo cual por cierto aumenta la peligrosidad de la droga, puesto que cualquier persona que conozca la receta puede fabricarla.

Como en el freebasing los procesadores tenían que trabajar con éter, se producían con frecuencia explosiones que originaban lesiones graves. Hoy bastan agua, polvo de hornear y cocaína. Todo el mundo conoce la receta. Se la puede encontrar por otra parte, hasta en los diariuchos más remotos de tierra adentro de los Estados Unidos.

Afirman los "crackers" que la droga actúa a través del pulmón más intensamente que a través de la nariz. La técnica fue inventada por cocainómanos empedernidos, cuyo tabique nasal estaba tan destrozado por innumerables cargas de cocaína, que en su desesperación pasaron de la aspiración a la inhalación.

Las casas de crack tampoco son más que un medio para originar un shock en el público. Hace mucho que existen instalaciones parecidas en la costa este. Fueron inventadas por los "pasadores", para disminuir el riesgo del negocio. El vendedor está sentado detrás de una pared o de una puerta blindada, en un depósito bien seguro, un apartamento o un bungalow, esperando a los clientes que se notificaron mediante propaganda susurrada. A través de una hendidura en la puerta o un agujero en la pared, se realiza el negocio. Si introduces el dinero, sale el producto. Cocaína. O heroína. O marihuana. O angeldust. A diferencia del tradicional trato cara a cara en la calle, en el rincón de un patio trasero o el baño de una discoteca, aquí el comprador y el vendedor quedan anónimos. Esta técnica de venta constituye la respuesta flexible de las organizaciones vendedoras a la criminalización del escenario y, por supuesto, a las innumerables razzias policiales. Así el vendedor se protege de asaltos practicados por sus clientes y de las habituales estafas; pero así también se dejan sin efecto las razzias, puesto que el sistema de seguridad y vigilancia reacciona tan precozmente, que se puede hacer desaparecer a tiempo todo el material de prueba, en último caso a través del inodoro. Tal manera de comerciar la droga, no es, en principio, propia ni privativa del crack. Así desde hace años se maneja, en los ghettos de la costa este, el "deal" con los consumidores finales.

El empleo de niños y de adolescentes cuyas edades están por debajo de la de responsabilidad penal, tanto en el transporte como en la entrega final del producto, tampoco es un invento de los cocainotraficantes. Esta técnica comercial también forma parte del repertorio de los "pasadores" de la costa este. Como en general, el negocio de la droga emplea mucha fuerza laboral infantil, desde el cultivo y la cosecha hasta la comercialización.

Pero, ¿qué hace que la droga crack sea tan extraordinariamente peligrosa? ¿En qué consiste el "escándalo nacional" puesto en la picota por *Newsweek* en su artículo sensacionalista de junio de 1986? El crack se difundiría en los ghettos como una epidemia, transformándolos, como lo formula *Newsweek*, en "un Vietnam hecho en casa". La droga "es barata, efectiva y origina una dependencia intensa; una droga cuyo potencial destructivo y responsable de tragedias individuales sólo es comparable con la heroína."

El crack actúa con velocidad de segundos. El crack es la gran explosión en el cerebro. Le sigue una fase de euforia que persiste entre siete minutos y media hora. Los datos en este aspecto se contradicen entre sí. Se contradicen también en la cuestión, si el uso primero y único ya origina la carrera de adicción. Lo afirman algunas publicaciones. Pero todos los entendidos me aseguraban que es una tontería. Tal cosa se afirma con el exceso de celo de una campaña, que por entero apuesta al horror y no escatima exageraciones cuando se trata de exponer peligros.

Pero en algún momento, esto es seguro, la trampa de la adicción se cierra. Los farmacólogos explican el efecto tan intenso de la droga por su vía de aplicación: a través del pulmón y del torrente sanguíneo al cerebro. Pero también adjudican la responsabilidad por el origen de la adicción al alto contenido de cocaína. Se habla de una proporción de cocaína entre un 70 y un 90 por ciento. ¿Cómo? ¿Quién logra acercarse siquiera a un producto tan concentrado?

El cálculo no sale, pues el consumidor común de crack consigue, antes de ponerse a prepararlo en su casa, sus materias primas en las condiciones habituales: el polvo de hornear en el supermercado, el agua de la canilla y la cocaína del "dealer" local. A éste, no le interesa qué hace el cliente con el producto: si lo usa directamente o lo transforma. Vende lo que tiene. Y jamás dispone de un solo gramo de cocaína de un 70 ú 80 por ciento de concentración.

También los precios dados por los medios difieren tanto entre sí, que no pueden referirse al mismo producto cuando oscilan entre un dólar y veinte dólares la unidad. *Newsweek* logró, en su historia sensacionalista, fijar primero el precio en diez dólares por unidad y, unos párrafos más abajo, establecerlo en cinco dólares.

Pero el crack no es, al fin y al cabo, una creación de la fantasía. No se puede negar que son internadas en gran cantidad personas que fumaron una sustancia grisácea que ellos llaman crack. También existen estadísticas, en las cuales las más diversas formas de derrumbes físicos y psíquicos, con casos de muerte incluidos, se relacionan con el crack. La cuestión es ¿cómo surgen esas estadísticas y cómo se elaboran?

No quedó mucho de una infraestructura creada a comienzos de los años setenta por la subcultura de la droga en California, para atajar terapéuticamente a sus "drop-outs"[8], antes de que franqueen los portones de los establecimientos psiquiátricos clásicos. La "Haight Ashbury Free Clinic" en San Francisco es uno de tales residuos.

¿Cómo se maneja ahí la nueva droga? Yo hablo con un médico joven, el cual comienza por pedirme que olvide todo lo que relaciono con el término "Free Clinic"[9]. Después me explica: "El sistema sanitario de los Estados Unidos siempre quedó rezagado con respecto al desarrollo del escenario de la droga. Las drogas nuevas y las nuevas capas de consumidores no hicieron más que acentuar el atraso".

De esta manera, se haría en la "Haight Asbury", lo que se hace en todos los establecimientos similares en los casos de internación de urgencia. La presión del tiempo, la sobrecarga y la falta de personal, es como en todas las grandes ciudades de los Estados Unidos.

"¿Significa que se limitan a la asistencia habitual del caso agudo?"

"¿Qué alternativa nos queda? Venga un fin de semana a la admisión de urgencia, y verá, qué sería necesario y qué es posible".

Después comienza a hablar del crack. Después de una breve introducción farmacológica al tema, se refiere a las medidas médicas de urgencia. Se trata, más o menos, del arsenal terapéutico utilizado también en los casos de abuso de anfetaminas. Una terapia específica de crack no pude conocer. Por

8 Náufragos: marginados del sistema social, en este caso por el consumo de drogas.
9 Clínica libre.

eso pregunto, cómo llegan al diagnóstico: "¿Cómo reconocen si el paciente está bajo el efecto de crack? ¿Hacen pruebas en sangre? ¿Disponen de laboratorio?"

"No. No tenemos más que los datos proporcionados por los pacientes, cuando están en condiciones de proporcionarlos."

Me lo había imaginado. Pero me interesaba menos el aspecto terapéutico de la respuesta que el estadístico. Los síntomas de eclosión son muy parecidos bajo el efecto de la cocaína, del crack y de las anfetaminas. Lo es, por lo tanto, también la terapéutica de urgencia. El término "crack" abarca toda una franja de sustancias químicas, desde cocaína altamente concentrada procesada con agua y polvo de hornear, pasando por mezclas de cocaína y anfetaminas, pasta de coca y anfetamina cruda, hasta sustancias difícilmente determinables de la cocina farmacológica. Todo esto es crack. Es comprensible por lo tanto que los médicos, cuya tarea no es la confección de estadísticas correctas sino el tratamiento eficaz de los pacientes, se conformen con los datos proporcionados por éstos, que bastan para poder actuar terapéuticamente.

Los pacientes, por su parte, refieren lo que les dijo el "dealer" al venderles el producto crack. Así se origina una estadística que confirma lo que siempre se dice en público. Que el crack es la nueva droga monstruosa que trae la muerte y la perdición.

De la misma manera confeccionan sus estadísticas los centros telefónicos de asesoramiento. Se registran ahí como casos de crack todos los que se califican a sí mismos como tales.

A corto plazo, destacar los efectos horrorosos de las drogas-monstruo, puede ser útil, mientras se trate de proporcionar respaldo interno a acciones arriesgadas de política exterior. Sólo la historieta del crack justificaba la intervención militar en Bolivia. Pero si el gobierno yanqui planea en serio llevar a cabo la lucha contra el consumo de cocaína, entonces la historieta del crack se vuelve contraproducente. Porque el relato horroroso, que atrae la atención de todo el mundo, bagateliza automáticamente el consumo habitual y cotidiano de cocaína.

Después de todo lo que he visto y oído, puedo afirmar sin lugar a dudas, que la inmensa mayoría de los consumidores sigue administrándose la cocaína a través de la nariz, a la manera clásica.

También la autoridad estatal yanqui encargada de la droga, tiene problemas con aquella campaña orientada enteramente al crack. Las contradicciones entre la política de Reagan y los intereses de los agentes de pesquisa, se manifestaron a menudo en forma abierta. Representantes de la DEA desautorizan declaraciones oficiales del gobierno. Los agentes de pesquisa no están de acuerdo con la histeria del crack, porque en modo alguno pueden dejar de notar las evidentes exageraciones. "Notamos que el asunto se infla por las exageraciones de los medios", declara el portavoz de la DEA en Washington. Y agrega: "Estamos muy preocupados porque se desarrolla un mercado sobre la base de esta gran publicidad".

Pero cuando los habitantes del barrio neoyorquino de Bronx organizaron una manifestación anti-crack y salieron a la calle bajo la consigna de "Crack can kill"[10], entonces los colaboradores de Reagan especializados en campañas podían felicitarse. La historieta del crack había logrado su propósito. No nos extraña, con tantos bombos y platillos batidos por los medios.

Sería ridículo adjudicar a los medios la responsabilidad por la predisposición de la población a hacerse adicta. Pero los medios poseen el poder y la posibilidad de proporcionar, sobre la base de tal predisposición, una imagen a la nueva droga y hacerla interesante.

Los efectos del artículo del *Newsweek* de junio de 1986, se hicieron sentir hasta en la República Federal de Alemania.El *Spiegel*[11] se había hecho eco del asunto. Desde entonces, por ejemplo, me llegan una y otra vez pedidos de centros de asesoramiento y de terapia, que quieren saber qué hay de verdad en esta historia sobre el crack. Y de redactores que quieren saber si "sería noticia".

No, el crack no es noticia. No es un tema para el público europeo. El angeldust[12], que hasta hace tres o cuatro años conmovía al público, tampoco era un tema. No es un tema, si los periodistas se proponen describir la realidad europea con respecto a las drogas en forma sobria y sin adornos especulativos. Claro que aquí también hay angeldust en el mercado. Claro que aquí también se procesa cocaína para hacerla aplicable en otra forma. Pero para que resulten drogas de masas, para eso haría falta lanzar al éter muchas palabras y gastar mucha tinta. El crack sólo se convertiría en tema, si los periodistas deciden enriquecer el cotidiano escenario de horror con otra variante estremecedora.

Newsweek de entrada pisó fuerte en el asunto del crack. En el comentario del jefe de redacción no faltaban los superlativos ni las metáforas guerreras: "Una epidemia irrumpió en América, una epidemia tan dominante y agresiva en su difusión, como lo eran las pestes de la Edad Media." Y para hacer evidente el "escándalo nacional", el jefe de redacción cita a un inspector de policía de Detroit, al cual se le había ocurrido la siguiente analogía: "Los japoneses en 1941 bombardearon Pearl Harbour, y nosotros fuimos a la guerra. Hoy se tiran sobre este país pequeños paquetitos blancos, y parece que a nadie le interesa."

Al periódico *Newsweek* sí le interesa. Está dispuesto a participar con sus recursos en la guerra de Reagan contra las drogas. "Por eso planeamos tratar el problema de la droga como una crisis, sobre la cual informaremos en forma agresiva, y a la cual volveremos tan regularmente, como lo hicimos en el caso de los derechos ciudadanos, de la guerra de Vietnam y del deterioro de la presidencia de Nixon." Este comentario apareció en junio de 1986. Un mes más tarde, el presidente de los Estados Unidos puso en movimiento a la Brigada 193 de Panamá hacia Bolivia.

10 El crack puede matar.
11 Influyente periódico de Alemania Occidental.
12 Droga sintética de efecto tranquilizante.

JUST SAY NO![1]

Tal vez fue un error, y en todo caso una torpeza molestar continuamente a mis interlocutores con preguntas sobre las intenciones y las perspectivas de la campaña antidroga de Reagan.

Dondequiera haya aparecido yo con mi lista de preguntas, los médicos y los visitadores sociales trataban, con suma cautela y casi con lástima, de explicarme que yo, europeo ingenuo, fui víctima de un enorme ardid de relaciones públicas.

Yo no era tan ingenuo como pensaban mis interlocutores. Pero tenía problemas de comunicación, porque me servía bien poco el tono sarcástico que surgía al tocar yo el tema.

En Oakland, California, me encontré con un visitador social negro que entendía mucho de drogas. Más aún entiende de drogadictos. Tenía diez años al aprobar el Black Panther Party su código de comportamiento que reglamentaba el consumo de drogas al portar armas. Sabía ya de qué se trataba: "Yo no recuerdo ni un maldito día de mi vida, que no haya proporcionado la guerra de algún político o de algún partido contra la droga." Lo dijo con inconfundible burla sobre las interminables declaraciones de los políticos al respecto. Inconfundibles eran, también, la indignación y el rencor de aquel activista negro, que no podía encarar el problema de la droga con tanta ligereza como sus colegas blancos. El conocía bien la "Black Community", con su pobreza, con la desocupación y el racismo, y también con la miseria de la droga que dificulta la resistencia colectiva contra tal situación y traba la lucha organizada contra los "landlords"[2] y los tiburones del ghetto. Aun no se acallaron los rumores que reprochan al FBI el haber introducido, a comienzos de la década del setenta, drogas al ghetto para aniquilar el movimiento radical negro.

1 ¡Dí simplemente que no!

"Tenemos que comprender que los narcotraficantes son terroristas y considerarlos como tales. Ni la edad ni la raza, la posición social ni el sexo, pueden proporcionar privilegios, porque las drogas constituyen una real amenaza para nuestra comunidad y para la nación." No lo dijo Reagan, sino Jesse Jackson, uno de los más reconocidos dirigentes de la "Black Community". Pero podría haberlo dicho Reagan. Porque la situación es grave y el estado es impotente, puesto que todo ya se ensayó y todo fracasó.

La prohibición fue un desastre; la primera "guerra contra la droga" de Robert Kennedy y la segunda de Richard Nixon quedaron bloqueadas, dando tiempo al adversario para reorganizarse y entrar fortalecido al próximo round. Con nuevas drogas, con otras capas de consumidores, con más venta y mayores ganancias.

Jimmy Carter también llevó a cabo una campaña antidroga presidencial; menos altisonante que la de su antecesor y verdaderamente modesta en comparación con la de su sucesor.

Ronald Reagan lanzó primero a su mujer. Ella vio una tarea, y ya el problema de la droga adquirió el carácter de una de las tantas campañas de caridad de la primera dama, pasando en consecuencia a un riel colateral.

La señora Nancy orientó su campaña enteramente como un programa para damas, de mujer a mujer y de madre a madre: "Tal vez precisamente nosotras como esposas y madres tengamos la tarea especial y el objetivo muy particular de crear un porvenir esperanzado y promisorio." Tal manifiesto de madres lo recitó en octubre de 1985 en Nueva York, en "The First Ladies Conference on Drug Abuse"[3].

Si hubiera hecho el mismo discurso en 1965, cuando el amanecer de la droga comenzó a teñir el cielo de las naciones industrializadas capitalistas, los esfuerzos de la esposa del presidente habrían originado una benévola y conmovida sonrisa: al fin y al cabo, la dama muestra buena voluntad. Pero ¿cómo se puede hoy, después de todas las experiencias hechas, tomar en se-

2 Dueños de los tugurios.

3 Conferencia de las Primeras Damas sobre abuso de drogas.

rio una campaña que no ofrece más que la exhortación moral: "¡Dí simplemente que no. Just say no!"?

¿Eso, nada más? ¿Investigación de motivaciones y estudios del medio? Forget it[4]. ¿La Energía del crimen y la ofensiva de la producción? Forget it. ¿La política de los bancos y los intereses del gran capital? Forget it. "¡Just say no!"

"Nancy pronunció esas palabras hace unos años en Oakland; y actualmente hay más de 10.000 'just say no' —clubs de jóvenes— en toda la Unión" declara el Presidente en un discurso por televisión, mostrándose muy complacido por el trabajo inicial de su esposa.

Al "escándalo nacional" del abuso de drogas señalado por *Newsweek*, se agrega una "tragedia nacional" constatada por expertos en instrucción pública. Ellos lamentan el creciente analfabetismo entre los jóvenes. Escándalo y tragedia confluyen porque, adaptada a tal nivel cultural, la psicología Ratón Mickey de la "First Lady Campain" no queda sin consecuencias. Casi diariamente —¡por semanas y meses!— los medios informaban de kids[5] que entregaban a sus padres con el correspondiente material de prueba a la policía. Tampoco faltaban informes en los que los susodichos padres agradecían a Dios, a Nancy y a su estirpe por haberlos liberado de las drogas acumuladas. Nancy había pronunciado sus palabras no sólo en Oakland, sino también en el año orwelliano de 1984.

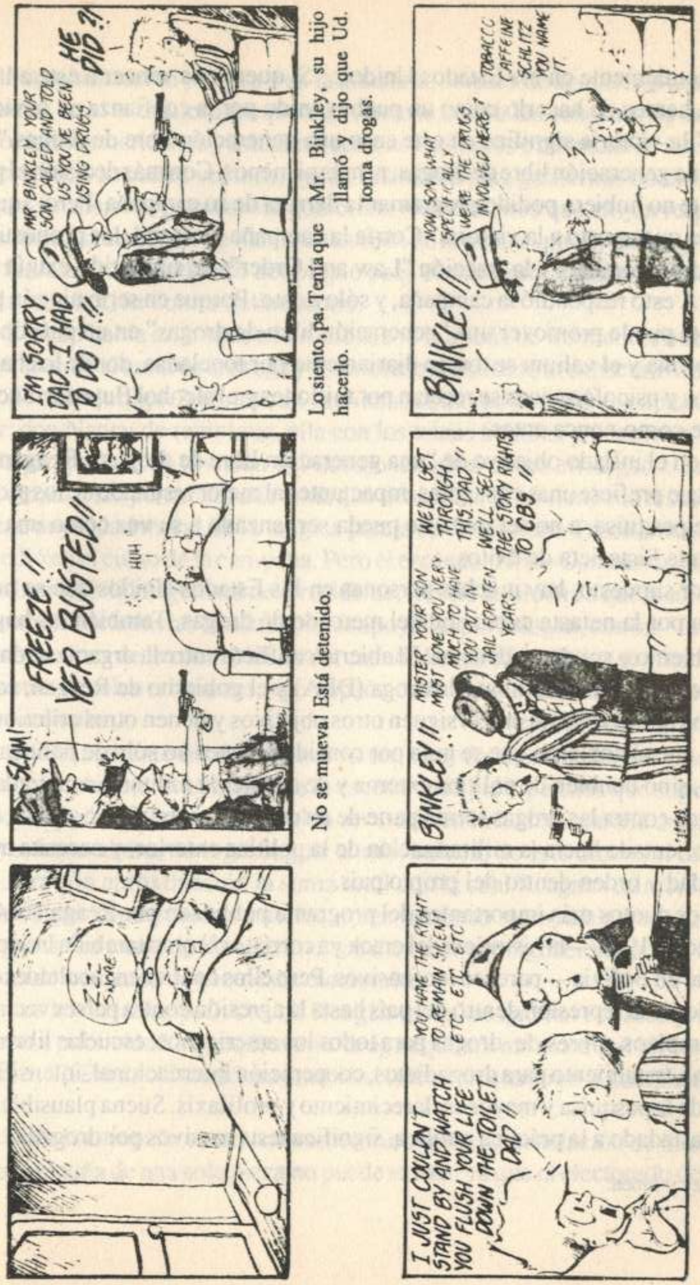
Esta era la introducción. En el programa principal aparece el propio Presidente acompañado por Nancy. Una pareja mágica, a cuya magia sin embargo no se someten todos los americanos. Demasiados comentarios cínicos se oyen cuando los dos aparecen en la pantalla para hacer propaganda por una vida libre de drogas. Pero eso, no lo puede tener en cuenta quien en condiciones adversas ha de llevar a cabo una campaña electoral. Las encuestas de opinión pronosticaban al partido del presidente un resultado electoral adverso; y tal pronóstico, a pesar de la campaña antidroga y de la intervención militar, resultó acertado. Reagan estaba, pues, empeñado en su lucha electoral cuando inició su campaña. Tiene importancia saberlo, ya que tiene influencia sobre el vocabulario empleado y el manejo de los hechos.

En agosto de 1986, Reagan declaró con toda la solemnidad que es habi-

4 Olvídelo.

5 Niños.

Bloom County von Berke Breathed



No se mueva! Está detenido.

Lo siento, pa. Tenía que hacerlo.

Mr. Binkley, su hijo llamó y dijo que Ud. toma drogas.

Yo no podía quedarme quieto viendo como tiras tu vida al inodoro, papá.

Le advierto que tiene el derecho de negarse a declarar, etc. etc.

Mister, su hijo ha de quererlo mucho, para meterlo en prisión por diez años.

Lo lograremos, pa. Venderemos la historieta al CBS.

Bien, hijo, ¿de qué drogas se trata aquí?

Las que Ud. quiera: tabaco, cafeína, schlitz, ...

tual actualmente en los Estados Unidos: "Si queremos vencer a este adversario, hemos de hacerlo como un pueblo unido por la confianza en la victoria. Y la victoria significa en este caso una generación libre de drogas."

Una generación libre de drogas, ni más ni menos. Con más decisión el presidente no hubiera podido programar la derrota de su campaña. Pero, ¿quién afirma que apostó a la victoria? Corría la campaña electoral, los pronósticos eran desfavorables y la fracción "Law and Order"[6] de su partido exigía acción. A esto respondió la campaña, y sólo a esto. Porque en serio ningún presidente puede promover una "generación libre de drogas" en un país donde la aspirina y el valium se toman diariamente por toneladas, donde los barbitúricos y psicofármacos se recetan por millones y el alcohol fluye torrencialmente como nunca antes.

Con el inflado objetivo de "una generación libre de drogas", Reagan señaló que prefiere unas consignas impactantes al mejor resultado de los piquetes de pesquisa, a no ser que éste pueda ser lanzado a su vez como una impactante historieta de éxitos.

Por supuesto, hay muchas personas en los Estados Unidos que se preocupan por la nefasta evolución del mercado de drogas. También las hay en el gobierno y sus dependencias. El abierto conflicto entre la organización estatal encargada de combatir la droga (DEA) y el gobierno de Reagan, comprueba que los pesquisas persiguen otros objetivos y tienen otros criterios de éxito que el gobierno que se guía por consideraciones no sólo de política interna, sino también de política externa y de estrategia militar. La cruzada de Reagan contra las drogas forma parte de un concepto estratégico global, que está orientado hacia la militarización de la política exterior, y necesita tranquilidad y orden dentro del propio país.

Los puntos más importantes del programa publicado por Reagan el 4 de agosto de 1986 —la historieta del crack ya corría, así como también la acción militar en Bolivia— parecen inofensivos. Pero ellos contienen facultades que van desde la represión dentro del país hasta la agresión contra países vecinos.

Empleos libres de drogas para todos los americanos, escuelas libres de drogas, tratamiento para drogadictos, cooperación internacional, intensificación de la pesquisa y mayor esclarecimiento y profilaxis. Suena plausible pero, trasladado a la práctica política, significa tests masivos por drogadicción

6 Ley y orden.

en la administración pública y en la industria, empleo de agentes en acciones secretas en el extranjero, empleo de venenos contra las cosechas de campesinos latinoamericanos y asiáticos, acciones militares o amenaza de intervención militar en países vecinos, ayuda financiera para gobiernos dóciles y recortes financieros para domar gobiernos recalcitrantes que exijan respeto a su soberanía nacional. Se hablaba también de la pena capital y del empleo de las fuerzas armadas dentro del propio país, donde normalmente les está vedada toda acción contra delincuentes.

Reagan había orientado a la nación, con la ayuda de los medios masivos, enteramente al tema de la droga y estimulado al máximo la expectativa de que por fin suceda algo. Ahora pudo perfilarse como un presidente capaz de actuar; con Nancy de remolque, ella con los temas blandos y él con los duros de la campaña. Una división del trabajo tan ideal como arriesgada. Pues una campaña tan personalizada tenía que derrumbarse en el mismo instante en que la autoridad moral de la mágica pareja se deteriorara. Precisamente eso sucedió en el curso de la campaña. Pero el escándalo Irán-Contras sacudió no sólo la credibilidad general del Presidente. Reveló también en qué medida están entremezcladas las bandas contras apoyadas por Reagan, con las "firmas" de los barones de la coca. Más tarde, cuando la opinión pública se enteró plenamente de tales relaciones, la campaña de Reagan se derrumbó. Se ahogó en el ridículo.

Con el aparente fin de destacar la seriedad de la empresa, los funcionarios gubernamentales lanzaron a la escena unos presupuestos que superaban todo lo que hasta entonces se había invertido en la lucha contra la droga. Pero yo, hasta ahora, no logré seguir el movimiento de este dinero ni calcular siquiera con aproximación la suma total con la cual Reagan realmente operaba. Y por supuesto, mis interlocutores tampoco me podían contestar esta pregunta. La mayoría de ellos me señalaron con indignación que no tenían ganas de ocuparse de promesas electorales.

Los adversarios políticos de Reagan tampoco querían ser mezquinos y dieron a publicidad un paquete anti-droga equivalente a dos mil millones de dólares. El Partido Demócrata también estaba empeñado en la campaña electoral.

Toda la campaña es tan contradictoria como la constelación de intereses. Una campaña de una sola pieza no puede existir, ya que el electorado de Rea-

gan tampoco es homogéneo. El presidente siempre corre peligro de dividir a su electorado, porque los intereses de las capas conservadoras o reaccionarias que anhelan una conducción y quieren tranquilidad y orden, no son fácilmente compatibles con los de aquellos grupos neoliberales que ven en Reagan el apóstol consecuente del libre juego de fuerzas. Este libre juego de fuerzas no prevé programas sociales, pero tampoco disposiciones que pretendan trabar o incluso prohibir el consumo de un producto. Medidas de censura tampoco forman parte forzosamente del catálogo reivindicativo de los partidarios neoliberales de Reagan. El anuncio de la esposa del presidente, que abordaría también la literatura favorable a la droga y sometería a tests las canciones rock con respecto a su "drogopositividad", corresponde en cambio enteramente a las expectativas del electorado situado en la periferia de la "mayoría moral". Entre tales extremos oscilaba la campaña, sirviendo a veces a unos y a veces a otros. Espamento verbal del tipo de "crear una generación libre de drogas" para unos, y la aplicación consecuente de principios neoliberales para los otros. Durante la presidencia de Reagan, los gastos para programas estatales de terapéutica fueron reducidos en un 46 por ciento.

En un punto esencial, por cierto, se diferencia la situación inicial de esta campaña de todas las anteriores. Ya no existe una clara línea divisoria que permita hablar de una parte limpia y otra drogadicta de la sociedad. Al resultar la cocaína una droga de masas, la base social, o sea de clase, del ámbito de la droga se amplió. A este hecho han de adaptarse todas las medidas de profilaxis y de tratamiento. Pero han de tenerlo en cuenta también las campañas de esclarecimiento y de intimidación, si no quieren caer en una trampa. Porque por primera vez se encuentran numerosos consumidores de drogas en el electorado de Reagan; y forma parte del estilo de vida de esta "nueva" capa media, llamada también "first me generation"[7], el consumo de cocaína y de fármacos "aceleradores". A los que por medio de la heroína se anulan, el Partido de Reagan nunca tuvo que tenerlos en cuenta. Pero se les suman ahora los que por medio de la cocaína quieren ascender; y estos votos son indispensables al Partido Republicano del Presidente.

Resulta lógico, pues, poner el acento de la campaña enteramente en la política externa, y detectar, acusar y enfrentar ahí al adversario, mientras en el

7 Generación "primero yo", llamada también la "generación de los codos", de los que quieren imponer sin escrúpulos su interés personal.

aspecto interno vinculado a los consumidores, es aconsejable un manejo cauteloso.

La campaña de Reagan trabaja con el conocido arsenal de la intimidación. Amenaza y promete, apela a los consumidores que dejen la droga y exhorta a los adictos a que se traten.

Pero una campaña es una campaña, no es un programa de política sanitaria. Si se pregunta a los funcionarios de los centros terapéuticos dónde quedaron los prometidos medios para el tratamiento de los cocainómanos, sólo se obtiene como respuesta la estereotipada frase: "Don't ask me."[8]

Si se formula el reproche de que la campaña no creó, como medida complementaria, instituciones terapéuticas, los políticos sanitaristas cercanos al gobierno señalan que ya existen centros que funcionan. Es verdad que todos pueden internarse de urgencia, pero ya durante el tratamiento inicial de desintoxicación surgen los inconvenientes. Y por instituciones de tratamiento prolongado, ya nadie osa preguntar. Hay carencia y esta carencia es deliberada. También en el sector de la salud, el libre juego de fuerzas debe funcionar sin trabas. En este caso, el libre juego de la iniciativa individual para tratarse en el mercado de la terapéutica.

Muchos cocainómanos de las capas medias se encuentran ahora con la sorpresa de que, si bien han decidido tratarse, no están en condiciones de afrontar los gastos. En la ciudad de Nueva York, un lugar de internación para la terapéutica cuesta no menos de 350 dólares por día. La oferta en Nueva York y la región lindante llega hasta los 800 dólares por día. El lapso mínimo de internación es de un mes.

Los dispuestos a tratarse que pertenecen a las capas medias, constatan atónitos que los programas terapéuticos del lugar se orientan o a los muy ricos o a los muy pobres. Con los muy pobres, no quieren juntarse por nada en el mundo. Es inconcebible que se encuentren en un mismo grupo de terapia, un ejecutivo de propaganda, el director de un supermercado, un agente de bolsa, un especialista en computación o un locutor de televisión, todos altamente calificados y bien pagos, con un "junky"[9] o un "speedfreak"[10] de los barrios más pobres de la ciudad. La duración de la terapia tampoco agrada a los

8 No me pregunte.

9 Junky: adicto.

10 Adicto a anfetaminas.

cocainodependientes de cuello blanco, ya que los programas de las instituciones estatales o municipales existentes suelen abarcar varios meses. Por tanto tiempo, los cocainodependientes de clase media no quieren separarse de sus familias ni de sus puestos de trabajo. Les queda sólo la fuga, o sea, el retiro a lugares de terapia a cientos de kilómetros de distancia. O bien que decidan participar de un círculo de "cocainómanos anónimos" en la vecindad inmediata de sus domicilios. No es mejor la situación en los conglomerados poblacionales de la costa oeste.

Hay que hablar aquí, sin exagerar, de una dramática acentuación del "nuevo" problema de la droga. Nuevo, porque se agregó una capa de consumidores, en la cual el sistema de los "Reaganomics"[11] se apoya tanto económica como ideológicamente. El escenario tradicional de la droga importaba sólo por constituir una carga para el presupuesto social y sanitario del estado. Económicamente, la pérdida de fuerza laboral podía soportarse fácilmente.

Los asesores del presidente encaran esta nueva situación de peligro con realismo. Pero Reagan no se acoge al análisis de su "brain-trust"[12] ya que tiene proyectos mucho más amplios. Y hay que tener en cuenta que sería sumamente oportuno crear "puestos de trabajo limpios", no sólo por el aspecto de la seguridad, que yo ya esbocé, sino también por los efectos económicos negativos que traban el crecimiento de la productividad en la economía estadounidense. En términos casi análogos a los de su par soviético, Reagan declara: "Nosotros queremos 'empleos limpios' para todos los americanos. Hacen falta progresos en este terreno, para proteger a la población laboriosa y al público en general, y para aumentar la productividad de nuestro país."

En su discurso de orientación difundido por el United States Information Service (USIS), Reagan deja entrever sin embargo, qué reducida es en realidad su comprensión del problema de la droga: "Es particularmente importante, que los que trabajan en sectores sensibles tengan la cabeza clara y estén libres de los efectos de drogas ilegales." Con ello firmó una formal autorización para los consumidres de drogas legales, con un cordial visto bueno para la industria farmacéutica del país, así como para los productores de

11 La política económica del gobiemo de Reagan. Liberalización, recortes de los programas sociales, favorecimiento extremo de los intereses capitalistas, armamentismo, endeudamiento estatal, etc.

12 Trust de cerebros.

alcohol y de tabaco.

En la "guerra mundial de fumadores", la administración Reagan actúa en forma ofensiva como "pusher"[13]. Intenta con violencia abrir el mercado asiático oriental para los productos yanquis. En noviembre de 1986, cuando la campaña antidroga de Reagan había alcanzado su apogeo propagandístico, el "Grupo Unido de Antifumadores" de Taiwan publicó un aviso en el *New York Times*, exhortando a la población a desbaratar la estrategia reaganiana orientada a lograr la apertura del mercado. El pueblo de la "Republic of China" estaría dispuesto a comprar productos americanos, decía el aviso. La República China ya sería el comprador más importante de manzanas americanas y el cuarto entre los de alimentos en general. "Pero no nos obliguen, ¡por favor!, a importar también productos de tabaco americanos."

La administración Reagan había obligado mediante un convenio formal, bajo la amenaza de sanciones económicas, al gobierno de Taiwan, a abolir el monopolio estatal del tabaco. También exigía que se afloje la legislación relativa a la nicotina y se autorice la propaganda televisiva para cigarrillos americanos. El estado isleño había, hasta entonces, vedado la pantalla a la propaganda de productos tabacales.

También en las Filipinas, los representantes de los trusts de tabaco Reynolds y Philip Morris tuvieron que responder ante la justicia por su agresiva estrategia de venta. En el nombre de sus hijos, cinco parejas de padres exigieron que se obligue judicialmente a los trusts a que estampen en forma legible sobre los paquetes de cigarrillos advertencias acerca de su nocividad, de la misma manera como es ley y costumbre en los Estados Unidos. A la vez, pidieron la prohibición de la propaganda para productos tabacales en la radio y la televisión, como ya rige desde 1982 en el estado vecino de Malasia.

La Organización Mundial de la Salud (WHO) se queja de las agresivas estrategias de venta de las multinacionales del tabaco, que tratan de compensar sus pérdidas originadas por las campañas antinicotínicas en los mercados tradicionales de Europa y los Estados Unidos, con ofensivas en el llamado Tercer Mundo. Sólo en la India, el consumo de cigarrillos entre 1970 y 1980 aumentó en un 400 por ciento.

Con rigor, los trusts del tabaco, al penetrar en los mercados del llamado

13 El que difunde drogas y estimula su uso, particularmente en los ghettos de las grandes ciudades.

Tercer Mundo, llevan a cabo una estrategia de consumo de doble tipo. Ya que no existen las correspondientes disposiciones y leyes de protección, venden en el Tercer Mundo productos cuyo contenido de nicotina y alquitrán excede ampliamente las cantidades máximas permitidas en los países industrializados. Un estudio comparativo de cigarrillos vendidos tanto en los Estados Unidos como en las Filipinas reveló que las respectivas marcas tenían en este último país un contenido de alquitrán mayor en un cincuenta por ciento, y un contenido de nicotina que es el doble del de los Estados Unidos.

Sin inmutarse por el curso de la campaña antidroga que él mismo había desencadenado, el Presidente firmó en noviembre de 1986 una ley que permite a los trusts farmacéuticos estadounidenses exportar a otros países drogas "cuya eficacia se comprobó", sin tener que esperar que sean aprobadas para el consumo en los Estados Unidos. Reagan actúa como un entusiasta defensor de esta ley, ya que "fortalecerá la capacidad de competencia de la industria farmacéutica americana en el extranjero, creando nuevos puestos de trabajo, adelantando la biotecnología y ayudando a otras naciones."

A la objeción de que tal ley no se justifica en el sentido moral por aplicar una doble medida en cuanto a la seguridad con respecto a los fármacos, la administración Reagan le opone un argumento verdaderamente sensacional: que sería un rasgo de "arrogancia" por parte de los Estados Unidos, si pretendiesen imponer a otros países cuáles productos farmacéuticos puedan comprar y cuáles no. ¿No sería, entonces, también un rasgo de arrogancia, si los barones de la coca negaran a los consumidores yanquis la sustancia que piden?

Esta "campaña dentro de la campaña" revela el dilema con el cual está confrontado el gobierno de Reagan, pero muestra también que el libre juego de fuerzas tiene prioridad absoluta en la "speed economy"[14], con respecto a todas las objeciones de orden moral. La campaña antidroga de Reagan no es, por cierto, de una sola pieza, pero revela claramente sus prioridades, en forma más visible ahí donde los objetivos de la campaña coinciden con los de su política imperialista. La intervención militar y las acciones policiales constituyen uno de los medios empleados. Las sanciones económicas constituyen otro. Detrás de la búsqueda de una mayor "cooperación internacional" se oculta un catálogo de sanciones económicas contra aquellos países

14 Economía acelerada.

que, según la opinión del gobierno yanqui, no combatan con la suficiente energía el narcotráfico o el cultivo de sus productos iniciales, o cuyas leyes y cuya jurisprudencia no correspondan a los deseos estadounidenses. Por supuesto, queda librado siempre al presidente, dentro del marco de su estrategia global, hacer valer los deseos yanquis o dejar de hacerlo.

El órgano ejecutivo de tal política es la Sección de Asuntos Internacionales Relacionados con el Narcotráfico (INM), que depende del Ministerio de Relaciones Exteriores yanqui. Para programas de control bilaterales y multilaterales, la Sección tenía a su disposición en el presupuesto de 1985, la suma de 51 millones de dólares, que fue utilizada, entre otros fines, para aniquilar cultivos, para programas de control, para apoyar autos de ejecución judicial, para la instrucción y ulterior calificación de personal extranjero del ámbito judicial, así como para ayuda técnica con fines de limitar la demanda de drogas. Con ello, la política exterior yanqui creó un instrumento que permite ejercer presión sobre países vecinos, sin originar de inmediato la sospecha de practicar agresiones imperialistas. Las medidas contra el narcotráfico gozan siempre de popularidad en el ámbito internacional.

La víctima más reciente de tal política es Panamá, que en abril de 1987 llamó a su embajador en los Estados Unidos, porque el Senado se había pronunciado por la disminución en un cincuenta por ciento de la ayuda económica a Panamá, por la supuesta falta de cooperación en la lucha contra el narcotráfico.

Pero países como Panamá —o Colombia, que también está amenazada por una disminución de la ayuda económica— son sólo teatros de guerra secundarios. A quién se refiere y contra quién está dirigido este instrumento de presión, lo reveló ya en noviembre de 1985, el asesor de Reagan en materia de drogas Carleton Turner, al advertir, más allá de los riesgos de salud, contra las consecuencias políticas del consumo de drogas: "Las personas que compran drogas ilegales, proporcionan al narcotráfico internacional sumas que a menudo financian también a terroristas y grupos rebeldes". Se refería a Cuba y a Nicaragua. El "argumento" no dio en el blanco, y volvería como un boomerang. Pero esto, en aquel momento, nadie lo podía saber.

CUBA

Cuando las sanciones directas ya no surten efecto, entonces se recurre a las indirectas. Si se me escapa el adversario, agarro a sus amigos y aliados. En la vida cotidiana, esta aplicación del propio poder se llama extorsión. En los Estados Unidos es un instrumento de la política exterior, desde mucho antes de haber asumido Reagan la presidencia.

La República de Cuba, como ningún otro país, es objeto y víctima de esta política. Ningún medio de presión, incluida la intervención militar directa, ha dejado de ser aplicado a Cuba. No hay ninguna cochinada que no se haya ensayado. No en vano Miami, la capital del estado de Florida, cuyo extremo sur casi toca la isla de Cuba, se considera la mayor base de la CIA en el mundo.

Dijo Jesse Helms, senador ultraderechista y especialista en ataques anticubanos, que es hora de dar una lección a los amigos de Cuba y emplazar con sanciones económicas a todos los países que importen azúcar cubano. El senador republicano no entendía su propuesta como la continuación del bloqueo impuesto a Cuba hace años. Quiso contribuir con un aporte certero a la campaña antidroga llevada a cabo por Reagan, y consideraba las propuestas sanciones económicas —se refería especialmente a Canadá— como parte de la lucha contra el narcotráfico internacional. Se basaba en un rumor, cuya viscosa pista conduce directamente al pantano criminal de Florida.

En octubre de 1982, unos colombianos y exiliados cubanos integrantes de una organización delictiva, declararon en Miami ante un juez federal estadounidense que miembros del gobierno revolucionario cubano eran cola-

boradores e inspiradores del narcotráfico latinoamericano. Fue una aseveración gratuita, y quedó en eso. No se presentaron pruebas. Una historia tortuosa, como lo señalaron los propios medios estadounidenses.

Pero la historia había salido y circulaba entre la gente. Fue un primer paso en una campaña programada a largo plazo. Cuanto más se aleje el rumor de su fuente, tanto menor será el interés del público por su punto de partida y por las intenciones criminales de los que lo hicieron correr. Así funciona la técnica de desinformación, que simpre implica maniobras de distracción. En efecto, hay cubanos en el narcotráfico latinoamericano. Pero son los otros cubanos. Los gringos también tienen sus amigos. En Miami y sus alrededores, se estableció toda una comunidad, que instaló allí una especie de cuartel general para la conquista del disputado mercado de drogas latinoamericano.

También los amigos vietnamitas se instalaron mientras tanto en los Estados Unidos. La mayoría en la costa occidental. Más de 300.000 vietnameses del sur se fueron de su país en 1975, cuando el ejército de los Estados Unidos capituló ante el Ejército de Liberación vietnamés que se acercaba: colaboracionistas, putas yanquis, "friends".

Entre ellos figuraba uno de los más inescrupulosos títeres que jamás fuera manejado por los hilos del gobierno yanqui: el mariscal Nguyen Cao Ky, el hombre del "mostacho". Escasos diez años más tarde —los Estados Unidos precisamente están empeñados en trastrocar su derrota en una victoria moral— el general sudvietnamés sale de nuevo a escena. Ante una comisión investigadora nombrada por el Presidente de los Estados Unidos, aparece como acusado. Ky sería el jefe de unas bandas vietnamitas bien organizadas que, además de otras actividades, se especializaron en el comercio de la heroína y del opio.

El ingreso de los cubanos y vietnamitas a la industria mafiosa, acrecentó abruptamente el nivel de delitos en los Estados Unidos.

Entre las bandas de exiliados cubanos y de exiliados vietnamitas existe, como entre todas las bandas de gangsters, un equilibrio de poder bien balanceado. En caso de conflicto, las relaciones se arreglan mediante homicidios y asesinatos, extorsiones y denuncias.

Pero a pesar de todos los intereses enfrentados que a menudo se dirimen por la violencia, las bandas de exiliados cubanos y vietnameses están unidas

por una conexión común: la de la CIA. Todas ellas, sean cubanas o vietnamesas, han trabajado para la CIA, dejándose utilizar concientemente en la lucha contra el gobierno revolucionario o contra el movimiento de liberación nacional de sus respectivos países. En general, tales prestaciones se retribuyen con negocios rentables de otro orden, que a la vez las aseguran para el futuro.

En el transcurso de muchos años se desarrolló así una densa y complicada trama de dependencias y complicidades, que borró casi completamente los límites entre la acción de los servicios secretos y los negocios de los "dealers".

También esta vez, como hace cuatro años al efectuar yo mis investigaciones en la ciudad de Nueva York, fui advertido por la gente más diversa con respecto a una colaboración con la Comisión de Drogas de los Estados Unidos (DEA). Colaboradores de la DEA estarían bajo sospecha de corrupción, y bajo el presidente Carter hasta se habría considerado la disolución del organismo. Pero sobre todo, yo debería saber que la DEA es, ni más ni menos, que un servicio secreto que no sólo recluta su personal en las existencias de la CIA, sino que utiliza también los métodos de la misma. Todo eso querían ellos advertirme.

La red de agencias externas de la DEA abarca la mitad del globo terráqueo. Los agentes de la DEA trabajan a veces en forma abierta y a veces en forma oculta; a veces dentro y a veces fuera de los límites de la legalidad. Sólo cuando la situación se vuelve demasiado delicada recurren a fuerzas auxiliares, que son, en el caso de Cuba, las bandas de exiliados.

Quien dentro de Cuba se refiere al tema de la droga, debe saber que su pregunta toca una conquista de la Revolución. A fines de los años cincuenta Cuba fue, junto a México y Brasil, uno de los principales emporios de la marihuana. Todavía en Sierra Maestra, es decir, antes de la entrada victoriosa en La Habana (8 de enero de 1959), Fidel Castro declaró que la lucha contra el consumo y el comercio de la droga constituía un objetivo prioritario del gobierno de la Revolución. El levantamiento contra Batista fue, automáticamente, también una lucha contra el narcotráfico, la prostitución y el juego de azar, ya que el clan del dictador dominaba todo eso.

Al gobierno de la Revolución no le costó demasiado resolver el problema de la droga según su criterio. El nuevo orden de propiedad colectivizó no

sólo la tierra, sino también el control del cultivo. De esta manera se redujo al mínimo, en el curso de pocos años, el cultivo de la marihuana. Los cubanos ven en ello una conquista de la Revolución.

¿Qué pasa hoy? ¿Tiene Cuba un problema de la droga?

Yo consulto al respecto al Fiscal General de la Nación, Ramón de la Cruz Ochoa.

"Podemos decir —me contesta— que en este momento la droga no constituye un problema en nuestro país. No obstante, por otras razones, estamos preocupados. A causa de nuestra ubicación geográfica, por aguas territoriales cubanas y por el espacio aéreo cubano se transportan drogas desde Sudamérica y el Caribe a los Estados Unidos. De modo que, si yo digo que no tenemos el problema de la droga, me refiero a las consecuencias sociales. Eso no quiere decir que no existan casos aislados de abuso de drogas. En algunos casos concretos se trataba de la marihuana. Pertenece, como Ud. seguramente sabe, a las drogas 'blandas'. La cocaína aquí prácticamente se desconoce. Yo por lo pronto no conozco ningún caso."

Yo tampoco conozco ninguno. Pero eso no quiere decir nada. De todas maneras, me puse en marcha para buscar el mercado de drogas de La Habana. Si bien no me hago ilusiones de poder, al pasear por una ciudad, apreciar la envergadura de sus problemas sociales. Tampoco estoy empeñado en confeccionar estadísticas. Pero me atrevo a decir que puedo localizar aproximadamente los problemas sociales de una ciudad, aun ahí donde soy un extraño.

Encontré el mercado de drogas de La Habana en Copelia, un parque en las cercanías del "Habana Libre" y demás hoteles rectangulares ubicados en el centro de la capital cubana. Ya en el segundo día de mi búsqueda tuve éxito. Un joven entre 18 y 20 años se dirigió a mí con el brazo estirado y el puño cerrado hacia abajo. Era la contraseña. A este joven lo encontré casi todas las noches cuando iba al parque buscando mi dosis diaria de "helado especial de crema"[1]. A veces quería cambiar dinero, otras me ofrecía una muchacha, "very young"[2], y en el primer encuentro el puño cerrado hacia abajo. Un puñado de marihuana. Aquí y en la Ciudad Antigua de La Habana, donde se concentran todos los turistas, uno no se salva de los "yunkies de los dó-

1 En castellano en el original.
2 Muy joven.

lares". "¿Qué hora es? ¿Quiere cambiar, amigo? One to five"[3]. Todos los turistas tienen la tonada en el oído.

¿Qué dice el Fiscal General con respecto al cambio ilegal y al comercio de drogas en la capital?

"Hay parásitos que viven de este delito y que ejercen el cambio de dinero profesionalmente. Eso nos preocupa. Más que por la cuestión económica, por nuestros principios morales e ideológicos. Pensamos que, quien así procede, se aleja de sus obligaciones como trabajador y ciudadano de nuestro país. Se trata de la moral social. Claro que tiene también consecuencias económicas, que sin embargo no son lo más importante."

De la Cruz Ochoa no sólo me confirmaba la existencia de una oferta de marihuana en la ciudad. A la pregunta por la procedencia de la marihuana ofrecida, él contesta:

"En los casos que yo mencioné, se trata de marihuana cultivada en Cuba. No se conocen casos en los cuales la droga proviene del exterior. Podría ser, pero sería un caso excepcional, que un barco fuese interceptado en aguas territoriales cubanas o un avión sobre nuestro territorio, sin que el cargamento se entregue a la autoridad policial competente."

Pero en general, afirma el Fiscal General, se trata de una oferta reducida. Yo comparto este juicio, que me fue confirmado no sólo por muchos de mis interlocutores cubanos, sino también por turistas muy atentos a esta cuestión.

Por problemas de alcoholismo pregunté más bien por rutina. Rara vez me topé con borrachos, aunque se bebe mucho en las fiestas, los festejos y en el tiempo libre. Por los médicos me enteré que, particularmente en situaciones familiares conflictivas, a menudo se recurre a la bebida. Lo habitual, pues. El "alcoholismo de la miseria" en cambio, como lo conocí en México, los Estados Unidos y Managua, no lo encontré en Cuba.

"No tenemos el problema del alcoholismo en nuestro país", dice De la Cruz Ochoa. "Como Ud. sabe, no hay prohibición aquí. Ni existe restricción al consumo de bebidas alcohólicas. Por supuesto, el alcoholismo trae problemas, y frecuentemente está vinculado a delitos criminales. Tampoco niego que haya trastornos originados por el alcohol en el tráfico de la calle, pero no de tal envergadura que tengamos que preocuparnos seriamente."

3 En castellano en el original. Uno a cinco.

Bueno, también hablé con cubanos que sí están seriamente preocupados. Con los problemas de la Unión Soviética no podrían compararse por cierto los del alcoholismo en Cuba. Pero deficiencias de la producción originadas por el alcohol podrían transformarse también en Cuba en un problema de primer orden. Pero hay conciencia con respecto al peligro.

En forma menos estoica reaccionó De la Cruz Ochoa a mi pregunta por el abuso de psicofármacos. "A este problema, le prestamos particular atención", declaró.

No obstante, como lo supe por mis conversaciones con médicos, mi pregunta no tocaba el núcleo del problema. No se trata tanto del abuso de los psicofármacos, como del abuso de medicamentos en general. Con este problema se enfrenta no sólo el sistema sanitario cubano. Se trata de una manifestación del subdesarrollo; mejor dicho, del efecto placebo del progreso.

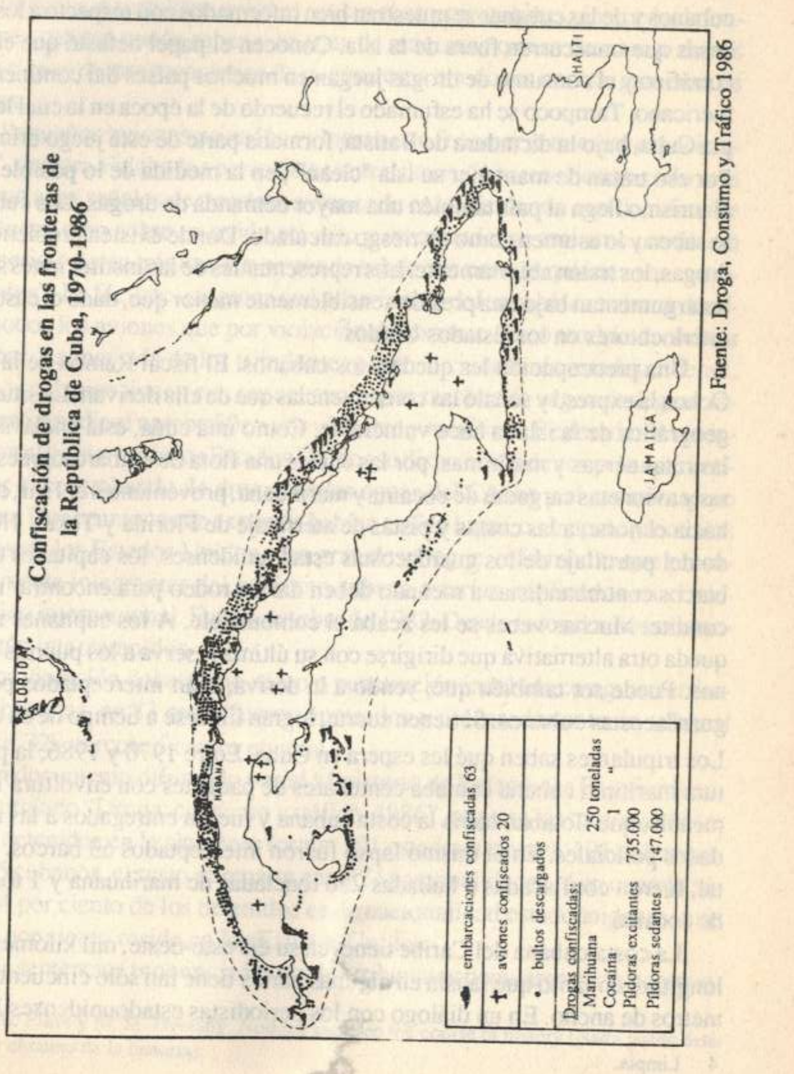
"Mi abuela —cuenta una médica— se pasa horas conversando con las vecinas para averiguar qué medicamentos nuevos llegaron a la farmacia, qué efectos tienen y cómo se pueden adquirir. Ella es una mujer conciente, combativa y templada por sus experiencias, pero prueba todo lo que caiga en sus manos."

Cuba, cuyo sistema sanitario es considerado en todo el mundo como ejemplar, repite lo que antes se observaba en los países industrializados. Con el desarrollo del sistema sanitario, de la técnica médica y de la investigación farmacológica, baja en la población el umbral del dolor. La disposición individual de soportarlo cede, y no sólo ahí donde se hace propaganda para el consumo de analgésicos.

Los peligros de esta tendencia negativa son conocidos. En la mayoría de los médicos y médicas, con los cuales hablé, existe la conciencia del problema. Consideran como una tarea médica quitar a las píldoras su imagen de progreso. Desde la facultad se enfatiza la orientación hacia la medicina tradicional del país. Los medios masivos describen detalladamente el poder curativo de la "medicina verde" y aconsejan su empleo terapéutico. Se recomienda, en particular, a los médicos y médicas que ejercen en las aldeas, que estudien la sabiduría médica popular y que aprendan las técnicas del cultivo de hierbas y de su aplicación.

En todas las conversaciones y discusiones, las oficiales y las informales, abordé terca y tenazmente el problema de la droga sin excluir, de acuerdo con

Confiscación de drogas en las fronteras de la República de Cuba, 1970-1986



Fuente: Droga, Consumo y Tráfico 1986

mi criterio al respecto, el problema del alcoholismo ni el abuso de psicofármacos. Nunca tuve la impresión de haber tocado un tabú. La mayoría de los cubanos y de las cubanas se muestran bien informados con respecto a los procesos que transcurren fuera de la isla. Conocen el papel nefasto que el narcotráfico y el consumo de drogas juegan en muchos países del continente americano. Tampoco se ha esfumado el recuerdo de la época en la cual la propia Cuba, bajo la dictadura de Batista, formaba parte de este juego criminal. Por eso tratan de mantener su isla "clean"[4], en la medida de lo posible. Con el turismo llega al país también una mayor demanda de drogas. Los cubanos lo saben y lo asumen como un riesgo calculado. Donde existen problemas de drogas, los tratan abiertamente. Los representantes de las instituciones sociales argumentan bajo una presión sensiblemente menor que, dado el caso, mis interlocutores en los Estados Unidos.

Una preocupación les queda a los cubanos. El fiscal Ramón de la Cruz Ochoa la expresó y señaló las consecuencias que de ella derivan. La situación geográfica de la isla la hace vulnerable. Como una cuña, está enclavada en las rutas aéreas y marítimas, por las cuales una flota de embarcaciones ligeras y avionetas cargadas de cocaína y marihuana, provenientes del sur, corren hacia el norte, a las costas y pistas de aterrizaje de Florida y Texas. Huyendo del patrullaje de los guardacostas estadounidenses, los capitanes de los barcos contrabandistas a menudo deben dar un rodeo para encontrar un escondite. Muchas veces se les acaba el combustible. A los capitanes no les queda otra alternativa que dirigirse con su última reserva a los puertos cubanos. Puede ser también que, yendo a la deriva, sean interceptados por los guardacostas cubanos. Si tienen suerte, logran librarse a tiempo de su carga. Los tripulantes saben qué les espera en Cuba. Entre 1970 y 1986, la prefectura marítima cubana contaba centenares de paquetes con envoltura impermeable, que flotaban hacia la costa cubana y fueron entregados a las autoridades policiales. En el mismo lapso fueron interceptados 63 barcos. En total, fueron confiscadas o halladas 250 toneladas de marihuana y 1 tonelada de cocaína.

La costa cubana del Caribe tiene, en su eje este-oeste, mil kilómetros de longitud, en tanto que la isla en algunas partes tiene tan sólo cincuenta kilómetros de ancho. En un diálogo con los periodistas estadounidenses Jeffery

4 Limpia.

M. Elliot y Mervin M. Dymally, Fidel Castro señaló esta desventaja geográfica.[5] En su parte más estrecha, puede atravesarse la isla en pocos minutos. Con frecuencia pequeños aviones violan el espacio cubano, sin que la defensa aérea cubana pueda saber si se trata de máquinas que se desviaron de sus rutas o bien de provocaciones de aventureros o aviones con cargamento de drogas.

"Pequeños aviones privados vulneran con frecuencia nuestro espacio aéreo", declara Fidel a los periodistas americanos. "No reaccionan en lo más mínimo a las señales de nuestros aviones de caza. Teniendo que decidir si se abre fuego o no sobre un avión privado y desarmado, se está ante un dilema muy serio y hasta trágico. No se puede saber con certeza quiénes son sus ocupantes". Es fácil de imaginar qué pasaría si la defensa aérea cubana derribara todos los aviones que por violación del espacio aéreo tendría derecho a derribar. La mayoría de los tripulantes posee la ciudadanía estadounidense.

Los cubanos tienen en consecuencia, por razones de seguridad, gran interés en impedir el narcotráfico por vía aérea y marítima. Reiteradamente señalaron al gobierno de los Estados Unidos su disposición de cooperar para enfrentar el contrabando de drogas en las aguas del Caribe y el espacio aéreo cubano. Dos reuniones de expertos habían tenido lugar, cuando de pronto los medios de los Estados Unidos, con gran despliegue, informaron que presumiblemente integrantes del gobierno cubano estarían implicados en el narcotráfico internacional. Fue en octubre de 1982. Desde entonces, los contactos están interrumpidos.

Por violación del espacio aéreo o penetración indebida en aguas territoriales cubanas, en 83 casos fueron apresados y procesados ante un tribunal popular 328 narcotráficantes en total.

Un documento difundido por el Ministerio de Relaciones Exteriores cubano, titulado "Droga: consumo y tráfico, 1986", registra las nacionalidades de los detenidos en la siguiente forma: 101 estadounidenses, 101 colombianos, 65 cubanos, el resto se reparte entre 24 nacionalidades. Aun cuando sólo el 34 por ciento de los detenidos es de nacionalidad estadounidense, más del 50 por ciento reside en los Estados Unidos.

Las sentencias pronunciadas por los tribunales populares varían entre u-

5 J. M. Elliot y M. M. Dymally: Nothing can stop the course of history (Nada puede detener el curso de la historia).

no y diecinueve años de reclusión. La base para estos veredictos son los artículos 217 y 246 del Código Penal cubano: penetración ilegal al territorio cubano, comercio y posesión de drogas. Por varias razones, entre otras a pedido de políticos estadounidenses, el 90 por ciento de los condenados fue expulsado del país antes de cumplir su condena. Siendo por mera casualidad que vararan en la isla y porque sus delitos no se dirigían contra Cuba, el gobierno fue generoso con la mayoría de los pedidos de indulto.

Estos son los hechos. Más datos no pude reunir, ni en los Estados Unidos ni en Cuba. Lo demás son detalles sin trascendencia y una ruidosa campaña propagandística anticubana. En otro ejemplo, cuyas huellas son frescas aún, queda al descubierto cómo se manejan estas cosas. Todavía nos queda Nicaragua.

NICARAGUA

"Por lo visto, no existe ningún crímen que los sandinistas no cometerían. Es un régimen sin ley." Así habló el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, después de haberse puesto a la cabeza de la batalla propagandística contra el gobierno sandinista de Nicaragua. Por fin, llegó a confesar: "Yo soy un contra".

Con énfasis, en su alocución televisiva de marzo de 1986, se había dirigido directamente a los padres del país: "Yo sé que todos los padres americanos, preocupados por el problema de la droga, han de estar profundamente indignados si se enteran de que los más altos miembros del gobierno nicaragüense están muy consustanciados con el narcotáfico".

La alocución estaba planeada con esmero. Coincidió con la fase de movilización de la proyectada cruzada contra la droga. Y como otras tantas veces que Reagan atacaba un país vecino, el material de prueba era sumamente pobre. El público televisivo quedó perplejo cuando se le presentó una foto de contornos vagos y fuera de foco, para la cual el Presidente pronunció el texto explicativo. Que la foto mostraría la concreción de un "deal" de cocaína en un aeropuerto en las afueras de Managua. Por lo menos uno de los implicados sería, según Reagan, un funcionario gubernamental nicaragüense.

Del fotógrafo, cuyo nombre sería según unos Barry y según otros Barney Seal, la prensa de los Estados Unidos no sabe decir más que lo siguiente: que Seal estuvo implicado en un "deal" grande, y que habría llegado con funcionarios de la Casa Blanca a un "agreement"[1] que le aseguraría un trato bené-

1 Acuerdo.

volo si estuviera dispuesto a trabajar para las autoridades yanquis.

Ni bien Reagan, el contra, había acabado su alocución, ya se le replicaba. En el *New York Times* aparecieron declaraciones de colaboradores de la DEA, afirmando que toda la historia no contenía ni pizca de verdad. Un intento de confundir.

¿No corre, acaso, toda la historia en sentido inverso? Hasta ahora no se había hablado sino de una conexión Contra. Precisamente. Por eso Reagan recurre al contragolpe contra el gobierno sandinista. Esta estrategia de la desinformación confía en que la mayoría de la población yanqui hasta hoy no sabe con exactitud dónde se encuentra esa puta Nicaragua; quiénes, ¡maldito sea!, luchan ahí abajo contra quiénes, y de qué lado estamos "nosotros". Nicaragua: significa *trouble*[2]. Drogas significan *trouble*. Nicaragua más drogas: significa trouble elevado a la enésima potencia. Eso debe quedar pegado. Y en efecto, queda pegado.

En el periódico de los medios *Columbia Journalism Review*, se reconstruyó el camino recorrido por el "argumento" de Reagan hasta llegar a los medios masivos de los Estados Unidos.

Al comienzo fue un rumor, manejado y pasado por los círculos ultraderechistas de la capital yanqui. Después apareció en un artículo del *Washington Times*, pasando de ahí a hojas y hojitas de la misma orientación y filtrándose por fin a medios que tienen fama de serios, como el *New York Times* y el *Los Angeles Times*. También en los noticiosos del NBC y del CBS entró el asunto.

Claro que el *Washington Times*, punto de partida periodístico de la campaña, es no sólo un diario ultraderechista y portavoz de un anticomunismo que linda con lo patológico. También los propietarios del diario tienen una fama que, en realidad, los coloca fuera de lo respetable. El diario pertenece a la secta Moon. Lo cual no es, para los grandes medios, una razón para no meterse en el asunto.

Aquí se reconoce un modelo utilizado desde hace mucho. La campaña contra la República Popular China, desatada a fines de la década del sesenta y a comienzos de la del setenta, en el apogeo de la guerra de Vietnam, también se inició en una oscura secta. Como actualmente a Cuba y Nicaragua, en aquel momento se reprochó a China que cultivara y procesara drogas, lanzándolas al mercado mundial. Todos sabían de dónde la sustancia provenía realmente, ya que los expertos de las Naciones Unidas coincidían en señalar como fuente el triángulo Birmania-Thailandia-Laos.

2 Lío.

La campaña terminó en forma abrupta cuando la administración Nixon decidió adjudicar a la República Popular China un valor nuevo en su estrategia global. China y los Estados Unidos establecieron relaciones diplomáticas, los reproches se acallaron, el rumor se esfumó y la campaña se derrumbó.

Ahora el público estadounidense está nuevamente confrontado con la conexión nicaragüense. Desencadenó el nuevo interés el escándalo Irán-Contra. Esta vez, los medios se orientaban desde el principio hacia los contras, resultando notorio lo que como hecho hubiera podido conocerse antes, si los medios yanquis se hubiesen interesado por el asunto. La Contra está metida. Profundamente metida.

El efecto del discurso de Reagan aun no se había esfumado del todo cuando surgió la noticia de que las autoridades de Costa Rica expulsaron del país a un tal Adolfo Chamorro, por estar vinculado al narcotráfico. El hombre es también uno de los jefes de la Contra.

Y después aparece en Honduras Leonardo Zeledón, miembro fundador de la organización contra FDN[3], que se había retirado en 1982, acusando ahora a otros miembros de la dirección de las FDN de practicar el narcotráfico.

No siempre es posible probar el nexo entre la contrarrevolución y el narcotráfico en forma tan tajante como en el caso de Julio Zavala. Pesquisas de la Unión le devolvieron secretamente un fajo de billetes, que acababan de quitarle agentes de la policía de San Francisco. ¡Intereses superiores! Julio Zavala conocía el código mágico. Los narcodólares pertenecen a la Contra, manifestó a los funcionarios. Esto bastaba.

Mientras tanto, todo el mundo conoce lo que muchas veces fue descripto por los medios yanquis: que partidas de cocaína, en su largo camino desde Bolivia a través de Colombia hasta los centros distribuidores en los Estados Unidos, hacen escala en pistas de aterrizaje clandestinas en Costa Rica. La CIA sabe que tales pistas son utilizadas y manejadas por las FDN. El control de las operaciones es ejercido por cubanos exiliados, veteranos de la Ba-

3 Fuerzas Democráticas Nicaragüenses.

hía de los Cochinos, que muchas veces llamaron la atención del FBI.

En su libro *Flying High*[4], Wayne Greenham reproduce lo manifestado por un testigo ocular, ex-agente de la CIA: "Hasta la guerrilla más conservadora nicaragüense, que lucha contra el gobierno sandinista, construyó pistas de aterrizaje en la selva y deja que aviones que transportan drogas aterricen ahí, se provean de combustible y vuelvan a despegar. La propia CIA ayudó a construir estas pistas, sabiendo que aviones que van de Colombia a Texas o California aterrizarían allí".

Pero se conocen no sólo los caminos del narcotráfico, sino también a los que lo financian y lo ejecutan. El narcotraficante Nerwin Meneses Cantarero, registrado como "boss" de un clan multimillonario, es conocido por el FBI también como financista y organizador de la sucursal californiana de la organización contra FDN. Por lo menos seis veces, Meneses Cantarero se encontró con los jefes máximos de la Contra. Tres de sus empleados eran miembros de las FDN. Y uno de ellos, el representante de las FDN en San Francisco, fue convicto en 1985 de practicar el narcotráfico.

El gobierno yanqui no intenta siquiera desmentir estas noticias. Tampoco puede desmentirse nada porque todas las acusaciones se basan en informes policiales y fallos judiciales, así como en investigaciones propias de los medios estadounidenses.

El "Lobby" de la Contra justifica los sucios negociados de sus protegidos por una situación de emergencia. De alguna parte hay que sacar las armas utilizadas por la Contra en aquella guerra que, por cuenta de los Estados Unidos, hace contra Nicaragua. Incumbiría al Senado y al Congreso de Washington proporcionar los medios para ello. Esta sería una solución limpia, puesto que las bandas-contra, entonces, ya no dependerían del narcotráfico. De la misma manera, la DEA y la CIA argumentan en el caso de la conexión afgana.

¿Y los sandinistas? Contra ellos no hay nada concreto. De todos modos, yo ni siquiera estaría sorprendido si un día se probara que ciudadanos de Nicaragua liberada actúan como narcotraficantes. No tendría que tratarse forzosamente de una provocación.

Nicaragua está en guerra. Sus fronteras no están siempre bajo control. Y en el país se mueve gente que no sólo maneja grandes capitales, sino que es-

4 Volando alto.

tá empeñada plenamente en la lucha por el poder que, para ella, en modo alguno está definida. Por el momento, la "economía mixta" les proporciona espacio para efectuar toda clase de negocios.

El director del Hospital "Carlos Marx" de Managua, un médico procedente de la RDA, juzga la situación en forma parecida. No se podría excluir, dice, que exista y que se consuma cocaína. "Aquí unos pocos todavía están en condiciones de gastar mucho." Todavía, dice. De un problema de la droga, empero, no se podría hablar. "Si existiera un problema de drogas, lo sabríamos".

Yo no viajé a Managua con la intención de descubrir algo que superara los descubrimientos de los medios yanquis, ni para agregarles un descubrimiento más. Para ello me faltaba el tiempo, y también los medios materiales. Como en La Habana, paseé por Managua en búsqueda de un mercado de drogas. No es fácil ubicarse en Managua. El terremoto en vísperas de la Revolución transformó Managua en una capital sin centro. Es difícil orientarse. Por momentos la ciudad parece muy chica, después de pronto se expande, ascendiendo por las laderas de las colinas y metiéndose en los valles.

Llegué a muchos lugares y vi mucha miseria. Hablé con gente que conoce la ciudad y se interesa por lo que me interesa a mí. Un hombre que desde hace meses vive en la ciudad, un alemán que habla bien el castellano y que actúa más como "etno-turista" que como brigadista de la construcción, si bien a veces se "entremete" en algunos proyectos, aprecia la situación de la droga en la ciudad de la misma manera como yo y la mayoría de mis interlocutores: "¿Heroína? Nunca la encontré. ¿Cocaína? Dicen que hay. ¿Marihuana? Existe, pero como fenómeno marginal. ¿Alcohol y alcoholismo? En abundancia. Muchos problemas." Pero, aparte de los despachos de bebidas alcohólicas, no existe un mercado de drogas en Managua, ni tampoco un escenario de drogas como sí se encuentra, para comparar, en otras ciudades latinoamericanas.

Poco antes de mi partida, me topé con un documento que me mantuvo en la pista: el libro de bitácora de Eugene Hasenfus.

A este mercenario al servicio de la CIA, le hicieron juicio en Managua. El cuaderno de bitácora que se había hallado entre los restos del avión abatido, figuraba en el material de prueba del proceso. Con lo apuntado en el libro de bitácora y lo manifestado por Hasenfus ante el tribunal, *El Nuevo Dia-*

rio elaboró una lista de todas las bases militares a las cuales Hasenfus y sus compañeros mercenarios se dirigían regularmente para cargar o descargar armas. Armas para la Contra, juntadas en por lo menos 240 vuelos y transportadas en zigzag a través de todo el hemisferio norte para tapar los rastros. Entre las metas de la hacendosa línea aérea figuraban, entre otras: Honduras, Colombia, Costa Rica, El Salvador y Guantánamo, base estadounidense en el sur de Cuba; pero también la República Federal de Alemania, Italia, Chipre y Gran Bretaña. Y por supuesto, diferentes pistas y aeropuertos de los Estados Unidos.

Sin relación directa con lo mencionado, pero por casualidad al mismo tiempo, se publicó en Washington la lista de participantes de una conferencia de embajadores. El Presidente invitó a los embajadores en 19 países, para fijar con ellos la estrategia de la lucha contra el narcotráfico internacional. Entre los invitados se encuentran también los embajadores en aquellos países, que proporcionan a los traficantes de armas de la CIA derechos de despegue y aterrizaje. Y en forma permanente aparece entonces el nombre de una compañía aérea, cuyas actividades datan desde los años sesenta.

"Southern Air Transport", autorizada en Miami, Florida, tiene realmente una historia movida. Como todas las grandes empresas, también ésta tenía sus crisis. En los años setenta, la compañía se redujo a una miniempresa con sólo nueve empleados, entre los cuales no había ni uno que supiera manejar un avión. Hoy, la empresa tiene en su lista de empleados 96 pilotos.

Su resurrección, se la debe la aerolínea al envío de armas al Irán y a los vuelos de abastecimientos para la Contra. Los que efectuaron los encargues son el Pentágono y la "Junta" de la Casa Blanca. *Newsweek* llamó a la empresa "la compañía aérea del invisible gobierno de Ollie North"[5].

De 1960 a 1973, la compañía aérea fue propiedad de la CIA. ¿No surgen ahí a la mente ciertos recuerdos? Soldados americanos muertos, a los cuales en Saigón, antes de transportarlos a los Estados Unidos, se les abría el tórax llenándolo de heroína. En los Estados Unidos, los cadáveres fueron abiertos de nuevo, despojándoselos de su carga. GIs[6] indicaron a los buscadores de

5 Oliver North, consejero de Reagan implicado en el escándalo Irán-Contra, que bajo la presión de la opinión pública tuvo que presentar su renuncia. El presidente, aún después de la misma, lo elogio públicamente.

6 Policía militar.

drogas la pista de estos macabros containers de heroína. La droga provenía del "Tríangulo Dorado", la CIAereolínea "Southern Air" la transportaba para su procesamiento a las morgues de Saigón. Era entonces. En Vietnam. ¿Y hoy, en Nicaragua? Si Eugene Hasenfus en su máquina C-123, abatida sobre Nicaragua, transportaba además de armas también drogas, no lo revelan las actas del proceso. Un colaborador del Servicio para el Desarrollo (DED) de la República Federal de Alemania, al cual yo encontré en Nicaragua, me dijo en forma terminante: "¿Ud. cree, que estos tipos vuelan vacíos por el aire después de haber descargado sus armas?"

Yo no creo nada. Sólo sé, de haberlo leído en periódicos yanquis, que la máquina, en la cual volaba Hasenfus, fue dada de baja en 1983 por la fuerza aérea estadounidense. Por orden de la Sección Gubernamental encargada de Drogas (DEA), se hizo cargo de la misma aquel Barry o Barney Seal, que para el discurso televisivo de Reagan aportó el tan deficiente material fotográfico.

El asunto Irán-Contra abrió en los Estados Unidos una esclusa para la información, por la cual fluyen hacia el público datos que habían sido retenidos durante años. Esto aclara muchas cosas del mentado periodismo de esclarecimiento de los Estados Unidos. Sólo se esclarece, cuando resulta políticamente oportuno.

Pero ahora se precipitan, uno tras otro, los esclarecimientos. De modo que, en determinado momento, se aclarará si la Contra tuvo que ver con el atentado de bomba, con el cual debió ser eliminado el embajador yanqui en Costa Rica, Lewis Tambs. En el curso de sus investigaciones al respecto, el Senado de los Estados Unidos encontró documentos que proporcionan, por lo menos, un plausible motivo para el crimen. Por un lado se habría tratado, como informaran Reuter, AP y AFP, de un millón de dólares que narcotraficantes colombianos habrían ofrecido por la muerte del diplomático. Tambs, como ex-embajador yanqui en Bogotá, les había originado muchos problemas. Por el otro lado, habría existido la intención de acusar por el atentado al gobierno sandinista.

Esto encuadra bien en la descripción del *Los Angeles Times*, que en julio de 1987 reprodujo la declaración de un narcotraficante y blanqueador de dinero ante una subcomisión del Senado en Washington: Que diez millones de dólares en total fueron entregados por su banda, que controla el 75 por

ciento de toda la exportación de cocaína de Colombia a los Estados Unidos, a la Contra. El testigo manifestó haber pasado la suma a través de agentes de la CIA que actúan en Honduras y Costa Rica.

Ante la misma subcomisión del Senado declara dos semanas más tarde un tal Jorge Morales, que en 1983 se encontró por primera vez con dirigentes de la Contra en Miami, estableciéndose que, a cambio de drogas les conseguiría aviones de transporte, helicópteros y armas. Algunos de sus hombres de enlace le habrían manifestado ser agentes de la CIA, prometiéndole protección con respecto a eventuales sanciones penales en los Estados Unidos.

¡Una historia sin acabar!

EL PRINCIPIO DEL FIN

¿Cómo ha de terminar todo esto? Tampoco sabían la respuesta los participantes de la Conferencia Mundial sobre Drogas, que se reunió en junio de 1987 en el "Austria Center Vienna".

Algo habrá que hacer. Sobre eso hay acuerdo desde hace veinte años. Actualmente, los expertos ya no ostentan la misma ingenuidad como en los primeros años del "boom" de la droga. Todos saben que el problema de la droga es insoluble, pero nadie lo diría con todas las letras, si bien reina ahora una mayor sobriedad en el ambiente de los especialistas. Una sobriedad que se diferencia positivamente de la audaz confianza en el éxito ostentada en la década del setenta. Estaría hoy al borde de una culposa bagatelización quien hablara de simples problemas originados en la droga. Se trata de una catástrofe. Las drogas se transformaron, dentro del sistema capitalista, en un factor económico cuya envergadura rebalsa todo lo que, en la década del setenta, se entendía por drogas. Cada uno de los expertos, que en los grupos de trabajo y las sesiones plenarias aportaron sus experiencias y conocimientos sobre la situación actual del mercado de drogas, sabía que, con 48 millones de adictos y un movimiento comercial de 300.000 millones de dólares por año —tales fueron las cifras que servían de base a las discusiones del Congreso de Viena— campañas del tipo de las conducidas por el Presidente de los Estados Unidos, no son más que la reanudación de un viejo y agotado show de los medios.

Lo que contribuye mucho a la nueva discusión sobre la droga, es también la mayor conciencia y firmeza de los países productores. Quien casi nada ten-

ga que perder puede describir la relación de intereses y constatar las contradicciones entre los mismos con relativa libertad. Con frecuencia cada vez mayor surgen ahora, en las discusiones públicas, categorías económicas y políticas cuando se habla de drogas. Agentes de pesquisa, aduanas y fiscalías piden controles y la posibilidad de actuar sobre cuentas bancarias e instalaciones de blanqueo.

Ultimamente, la pesquisa quiere extender su campo de acción incluso a la industria química. De ahí vienen las materias primas, no sólo para la fabricación de drogas sintéticas sino también para la producción de heroína y cocaína. Pero ¿cómo quieren hacerlo? Los productos básicos son sustancias corrientes sin las cuales nada puede hacerse en la industria química. Eso se conoce desde hace años. Pero es un conocimiento que no sirve para nada. Del angeldust (PCP), se conocen todos los ingredientes, sin poder sin embargo apartar a los proveedores de estas sustancias químicas. Tampoco podrá la pesquisa llegar a las cuentas en Suiza, en Luxemburgo, en las Bahamas o en Panamá. Y si alguna vez una cuenta bancaria salta, es porque el "deal" no estaba debidamente asegurado.

Todo está de alguna manera relacionado con todo. Tal es el estado general de conciencia. A cuestionar el sistema, los expertos no llegarán. Si lo hicieran comprenderían que el narcotráfico internacional no sólo es congruente en sí mismo, sino que, como variante del imperialismo, está vinculado al sistema en forma inseparable. No se llegará jamás, por lo tanto, a una coalición universal contra la droga por encima de los límites sistémicos y de los intereses enfrentados.

Ni siquiera los estados europeos logran ponerse de acuerdo sobre una línea uniforme. Cada país se guía por sus propios conceptos políticos y valora en forma muy diferente el potencial de peligro de las distintas drogas, así como la actitud del estado con respecto a los drogadictos: una política que ostenta todos los matices, desde lo permisivo-liberal hasta lo autoritario-represivo.

Perogrulladas de ayer, como "¡Terapia en lugar de castigo!", hace tiempo que dejaron de ser tales. El gobierno conservador de Francia, por ejemplo, tiene el criterio de aplicar medidas represivas a los adictos. Las experiencias internacionales, que comprueban que las amenazas penales no impresionan a éstos, no cuentan. Lo que cuenta es "Law and Order"[1]. El gobierno de

1 Ley u orden.

Grecia se niega a distinguir entre drogas duras y blandas, poniendo bajo pena tanto el consumo como la posesión de cantidades mínimas de háshish. Cuando en Atenas se presentó el proyecto de ley antidroga más riguroso de todos los estados de la Comunidad Europea, en Colonia, República Federal de Alemania, los participantes de las 20as Jornadas de Legislación Juvenil, pidieron la abolición lisa y llana de las penas por el consumo de háshish y marihuana. Estos juristas sólo pedían para la República Federal lo que hace tiempo rige en España. Suiza, tristemente famosa por su represiva política para con la juventud, permite desde hace años programas de Metadona[2], como lo hacen por otra parte también los Países Bajos, cuya política de drogas tiene fama de ser la más liberal de Europa. Mientras en la República Federal el simple anuncio de programas de Metadona en una provincia desencadenó en otras reacciones completamente desproporcionadas.

En el Parlamento Europeo de Estrasburgo, algunos diputados advierten contra una ola de cocaína, mientras al mismo tiempo los expertos del servicio informativo de la DHS (Deutsche Hauptstelle gegen Suchtgefahren - Centro Alemán contra los Peligros de la Drogadicción) formulan la pregunta, si la cocaína, en rigor, corresponde a los hábitos de los consumidores de la República Federal.

Wolfgang Heckmann, ex-funcionario responsable de la lucha contra la droga en Berlín Oeste, un especialista cuya competencia nadie ponía en duda, osó formular en tal contexto un pronóstico optimista. La RFA no habría sido nunca una nación proclive al "speed". La demanda por drogas depresoras habría sido siempre mayor que por las aceleradoras.

Yo quisiera saber quién se lo dijo. En la República Federal, el mecanismo del excitar y del aturdir, de la búsqueda de estimulación y de depresión actuaba como en todas partes. Toda la fase de reconstrucción del capitalismo en la República Federal de Alemania se acompañaba de píldoras aceleradoras y sustancias químicas anabólicas. El balance anual de 1986 con respecto a la droga, debería atenuar el optimismo de Heckmann. Por primera vez se encontró más cocaína que heroína. Una nueva generación, un nuevo movimiento sobre la base de anfetaminas, de cocaína y anfetamina cruda pugna por ocupar el mercado. En 1986, la policía allanó 41 laboratorios de anfetamina. La estadística del primer semestre de 1987 confirma la tendencia ascendente.

2 Metadona: droga sintética usada para desintoxicar adictos a los narcóticos

Conclusiones con respecto a la predisposición de tomar drogas aceleradoras, proporciona también la evolución del mercado farmacéutico. "A pesar de varios llamados a la moderación, dirigidos a la industria farmacéutica, a los médicos que recetan y a las farmacias, para que se frenen tanto en la fijación de los precios como en la frecuencia de la prescripción y de la venta de los medicamentos", el mercado farmacéutico sigue expandiéndose en dirección a nuevos records comerciales. La campaña del gobierno federal a favor de la industria farmacéutica y del mercado de las farmacias tuvo resonancia, y la invitación a la automedicación es escuchada. El treinta por ciento de todos los medicamentos vendidos fue adquirido por los consumidores sin indicación médica. El negocio sigue siendo rentable. De lo contrario, el número de farmacias en la República Federal en 1985 no habría aumentado nuevamente.

Anualmente, se venden en la República Federal tres mil millones de tabletas, píldoras y supositorios analgésicos en las farmacias. Son más de mil toneladas. 600.000 personas, por lo menos, son farmacodependientes, y más de la mitad de todos los analgésicos y productos combinados contienen cafeína.

En todo el sector de la droga, la coyuntura favorable persiste. Unas veces este ramo lleva la delantera, otras veces aquél. "En las escuelas se bebe menos y se aspira más por la nariz", constata el "Informe sobre adicción" del gobierno federal de 1986. La proporción de grandes bebedores de más de 16 años sigue siendo del 2 por ciento. Son 1,2 millones de enfermos alcohólicos en la República Federal. También en el lugar de trabajo y en la escuela aumenta el uso de drogas. La impregnación farmacológica de los problemas sociales progresa, vivita y coleando.

Dramático es el aumento de los muertos por heroína en los primeros meses del año 1987. No sólo en los centros de la adicción como Fráncfort y Hamburgo, sino prácticamente en todos los sitios donde se vende heroína. La causa de la muerte es, en la mayoría de los casos, un error de dosificación, porque los adictos (¿todavía?) no aprendieron a manejar la sustancia altamente concentrada.

¿Se equivocaron, entonces, los expertos con sus pronósticos? ¿No actúa a pesar de todo, para frenar el consumo, el miedo al SIDA? Yo sigo sosteniendo que la venta de heroína retrocederá en los próximos años, si bien sólo en los países consumidores clásicos. La evolución actual en el mercado de la heroína confirma esta valoración. Por bajar el número de participantes y disminuir en consecuencia la demanda, aumenta el grado de pureza de la mercadería. Porque una mercadería diluida y falseada es vendible en el mercado sólo cuando la demanda es mayor que la oferta. La heroína, en los países capitalistas industrializados, tendrá a largo plazo su oportunidad en el mercado sólo en el caso de imponerse una nueva forma de consumo, que a su vez cree una demanda de adicción. Desde los Estados Unidos nos informan que últimamente la heroína ya es más fumada que inyectada. Sería en realidad una forma de consumo refractaria al miedo al SIDA. Si se impondrá, queda por ver. Yo no lo creo, e insisto por lo tanto con mi pronóstico.

Pero a pesar de todo nadie puede decir dónde acabará esto. Sólo una cosa es segura: el principio del fin únicamente puede estar en los Estados Unidos. El mercado yanqui es el motor de toda demanda, y el dólar es la droga de iniciación.

Yo, por un momento, quedé desconcertado en octubre del año pasado[3] al iniciar mi viaje. Este Presidente número 40 de los Estados Unidos, en el curso de su período de gobierno —a pesar de toda su grandilocuencia que una y otra vez desconcertaba a sus críticos— impuso su política con tanta consecuencia, que resultaba aconsejable por lo menos un replanteo con respecto a la campaña antidroga. Pero aún hoy, después de haber estado durante varias semanas en Nicaragua, México, los Estados Unidos y Cuba, con el fin de analizar y entender la política de Reagan con respecto a la droga, tengo dificultad para apreciar el éxito o fracaso de la campaña. Habría que conocer los criterios de éxito de Reagan.

¿Lograr una generación sin drogas? ¡Ridículo!

¿Reducir el comercio de la cocaína? ¡Absurdo!

¿Modificar los hábitos de los consumidores? ¡Noticia falsa!

Del rearme moral tampoco quedará nada, porque presupone una integridad ética que Reagan y Nancy perdieron hace mucho. Dentro de poco, la presidencia de Reagan quedará en la memoria de la gente sólo como una gigantesca campaña de propaganda. Y una vez que el producto haya desaparecido del mercado, se esfumará también el recuerdo de la calidad que le habían adjudicado.

3 1986 (Aclaración de los traductores).

¿Y si todo no fuera más que un simple correctivo del mercado para detener el deterioro del precio? El operativo de Bolivia originó una mayor escasez de cocaína. La escasez de cocaína origina un aumento del precio. El aumento del precio significa más narco-dólares. Más narco-dólares significan más armas. Armas para los contras nicaragüenses, armas para el ejército del Salvador, armas para todos los ejércitos privados mantenidos por los servicios secretos yanquis.

¿Y si Reagan nunca hubiese pensado seriamente en una generación sin drogas, en una disminución del comercio de la cocaína, ni en la modificación de los hábitos de los consumidores? Tal vez se trataba sólo de una ampliación del espacio para su política externa. Para eso, la campaña le proporcionó el instrumento.

¿Y si el presidente sólo utilizara la cuestión de la droga para coartar más aún los derechos civiles? También lo logró. La campaña hizo dar al país un paso más en dirección al fascismo.

INDICE

Nota a la edición latinoamericana 5
Desembarco 9
Intervención en Bolivia 12
La conexión del Sudeste de Asia 19
La economía de la coca 32
La campaña soviética contra la droga 37
National Security 46
Crack 56
Just say no! 64
Cuba 77
Nicaragua 87
El principio del fin 95

¿Y si todo no fuera más que un simple correctivo del mercado para detener el deterioro del precio? El operativo de Bolivia originó una mayor escasez de cocaína. La escasez de cocaína origina un aumento del precio. El aumento del precio significa más narco-dólares. Más narco-dólares significan más armas. Armas para los contras nicaragüenses, armas para el ejército del Salvador, armas para todos los ejércitos privados mantenidos por los servicios secretos yanquis.

¿Y si Reagan nunca hubiese pensado seriamente en una generación sin drogas, en una disminución del comercio de la cocaína, ni en la modificación de los hábitos de los consumidores? Tal vez se trataba sólo de una ampliación del espacio para su política externa. Para eso, la campaña le proporcionó el instrumento.

¿Y si el presidente sólo utilizara la cuestión de la droga para coartar más aún los derechos civiles? También lo logró. La campaña hizo dar al país un paso más en dirección al fascismo.

INDICE

Nota a la edición latinoamericana 5
Desembarco 9
Intervención en Bolivia 12
La conexión del Sudeste de Asia 19
La economía de la coca 32
La campaña soviética contra la droga 37
National Security 46
Crack 56
Just say no! 64
Cuba 77
Nicaragua 87
El principio del fin 95

GUNTER AMENDT

EL GRAN NEGOCIO DEL NARCOTRAFICO

La droga como mercancía, el capital financiero y la política de los E.E. U.U.

EDICIONES DEL PENSAMIENTO NACIONAL

343.3/.7
AMEg
1989

GUNTER AMENDT

EL GRAN NEGOCIO DEL NARCOTRAFICO